1
233436

LA NOVELA DE



RELATO INMORAL

POR W. FERNANDEZ FLOREZ

BIBLIOTECA NACIONAL MADRID

di chi

1 PTA

1
233436

47/998918

LA NOVELA DE NOCHE
PUBLICACIÓN QUINCENAL
APARTADO 473

Año I. Madrid, 15 de junio de 1924 Núm. 6.

RELATO INMORAL

POR

W. FERNÁNDEZ FLOREZ
Ilustraciones de DICHI.

UNA PESETA

BIBLIOTECA NACIONAL MADRID

M A D R I D
SUCESORES DE RIVADENEYRA. S. A.
Paseo de San Vicente, 20.-Teléfono 376 J.
1 9 2 4

EDITORIAL "ATLÁNTIDA"

:=: Mendizábal, 42.—MADRID :=:

OBRAS DE W. FERNÁNDEZ FLÓREZ

La procesión de los días, novela (tercera edición).
«Volvoreta», novela premiada en el concurso de Bellas Artes (séptima edición).
Ha entrado un ladrón, novela (quinta edición).
Silencio, novela (segunda edición).
Las gafas del Diablo, (ensayos humorísticos), premiada por la Real Academia Española (cuarta edición).
El espejo irónico, ensayos humorísticos (segunda edición).
Acotaciones de un oyente, impresiones parlamentarias (segunda edición).
Tragedias de la vida vulgar, cuentos (segunda edición).
El secreto de Barba Azul, novela últimamente publicada.

5 pesetas cada volumen.

Visiones de neurastenia, 4 pesetas.

OTRAS OBRAS:

Todo de color de rosa, por Alvaro Retana, 4 pesetas.
El hijo legal, por Artemio Precioso, 4 pesetas.
Cuentos de la tierra, obra póstuma de la Condesa de Pardo Bazán, 5 pesetas.
Hampa y miseria, novela, por José Más, 5 pesetas.
La España chica, por José Cuartero, 4 pesetas.

EN PRENSA:

Rosa de carne, novela, por Artemio Precioso.
La niñez de Ángel Perdido, novela, por Alfonso Vidal y Planas.
¿Qué es España?, por Marcelino Domingo.

R. 322822

CAPITULO PRIMERO

EN EL QUE NO OCURRE NADA INTERESANTE

La última vez que una mujer decente, lo que se llama "una mujer decente", se abandonó en Madrid a las culpables caricias de un hombre, fué hace diez años. Por fortuna, de entonces acá no ha vuelto a verse la virtud en trance tan afrentoso. Si ustedes conocen algún otro caso, envíen detalles y pruebas, y rectificaré, pero supongo que no tendré que sufrir semejante humillación. Precisamente por lo raro del sucedido, creo que vale la pena de contarlo en letras de molde. Yo oí esta historia de labios de Anselmo Varona, a quien encontré en mi último viaje a Nueva York en un *bar* auténticamente americano. Ocurrió esto antes de que se dictase la "ley seca" (no sé lo que será ahora de mi pobre amigo), y bien podría ju-

rarse que el vaso de *whisky* a que yo convidé a Varona aquella tarde no era ninguno de los seis primeros con que tuvo que luchar bravamente su hígado. Pero hay circunstancias en que un pequeño exceso es permitible. Varona estaba recién casado por cuarta vez, y pensaba divorciarse de nuevo dentro de quince días. Ningún hombre podría soportar estas dos emociones inefables y opuestas gravitando a un tiempo sobre su espíritu, sin robustecerlo previamente. Varona buscaba apoyo en el alcohol. Respeto sus razones. No me gusta meterme en la vida privada de mis amigos, y si hago ahora público que Anselmo tomó entonces siete *whiskys* es porque se marchó sin pagarlos y tuve que abonar yo la cuenta. Y, francamente...

Sin embargo, estoy en el caso de declarar que no sospecho que la copiosa libación alterase la sinceridad de mi amigo. Varona es, ante todo, un *gentleman,* y, cuanto más bebe, más *gentleman*. Sólo la ginebra de Holanda podría obligarle a perder su corrección. El mismo lo dice, y él sabe algo de estas cosas: "No hay un caballero capaz de hacer pasar por su garganta seis frascos de

ginebra sin que la dignidad se le olvide." Providencialmente, este riesgo no existe tampoco para Anselmo, porque, al quinto frasco, se queda siempre dormido.

Antes de continuar, mi conciencia me impone el hacer una aclaración. ESTA HISTORIA NO PUEDEN LEERLA MÁS QUE LOS OBISPOS. Creo que sería muy peligroso dejarla en manos del clero rural, y, desde luego, mancharía para siempre el alma de cualquier doncella que posase sus ojos en estas páginas. Si me he decidido a escribirlas es porque, al fin, ellas hacen, por contragolpe, un innegable elogio de la honestidad española; pero este sentido esotérico sólo podemos penetrarlo los príncipes de la Iglesia, yo y tres o cuatro personas más, si acaso.

Consignada esta leal prevención comienzo.

***

Pues señor...

Cuenta Anselmo Varona que en una fría tarde de los comienzos de la primavera se subió en la Puerta del Sol a un tranvía de las Ventas, que le llevaba cerca de su hos-

pedaje. En pie en la plataforma posterior, Varona hizo cuanto es costumbre en un largo viaje: repasó los letreros que formulaban prohibiciones y advertencias múltiples desde las planchas de hierro esmaltado, silbó un poquito, enrolló el billete para deslizarlo entre un anillo y el dedo, se condenó a la difícil prueba de leer las letras del anuncio de un dentífrico pegado a un cristal y que él veía al revés por transparencia y, logrado este propósito hasta enterarse de la firma del grabador, se asomó a la entrevía y contempló el panorama.

Lo que se alcanza a ver desde la plataforma posterior de un tranvía que sube la calle de Alcalá a las cinco y media de la tarde no es nada que pueda retener la atención de un hombre de veintiséis años que ha pasado diez en París y en Berlín y que, desde hace dos meses, realiza ese recorrido cuatro veces diarias. Así, Anselmo Varona pronto se distrajo de su contemplación y quedó sumido en vagas meditaciones, entre las que descollaba una sugerida por el triste presentimiento de que también aquella noche su patrona le haría cenar cocido.

Cuando un prójimo se ve obligado a co-

mer diariamente un manjar que no le agrada, debe creérsele si dice que tiene motivos para no ser feliz. La tribulación de Varona era tan profunda en este instante, que escuchó sin conmoverse la afirmación que hizo el cobrador cuando se detuvo el coche frente a la calle de Velázquez:

—Nos hemos quedado sin corriente.

En cualquiera de las mil ocasiones en que Anselmo oyera esta frase terrible, había producido algunos juramentos en alemán, idioma que se le antojaba más imponente. Pero ahora apenas se afectó. Según dice, estaba ya por aquel entonces en posesión de esa verdad, fruto de la experiencia, que asegura que el estado habitual de los tranvías madrileños es la inmovilidad. Lió un cigarrillo y esperó. El conductor aprovechó aquellos instantes para trazar en un papel esos números misteriosos que hacen que yo y otros muchos ignorantes consideremos a tales funcionarios algo así como a hombres de ciencia venidos a menos. Una señora rubia y enlutada dió una patadita de impaciencia con tal tino, que hizo sonar la campana. Entonces dijo: "¡Ay!", sorprendidamente. El conductor la miró, abrió la boca, introdujo en

ella un lápiz, lo mordió, lo chupó, consultó el reloj, estudió los billetes sujetos en la caja metálica y siguió haciendo números. Era un hombre que parecía redondo dentro de su gabán de uniforme. La visera de la gorra cobijaba unas abundantes cejas, las cejas formaban tejadillo a una nariz roja y humeda, y un bigote francamente mojado, corvo y negro, se desbordaba sobre una bufanda como las ramas de un espino sobre un tapial.

De pronto interrumpió sus investigaciones matemáticas, llevó la mano a la gorra y se descubrió respetuosamente. Sus escasos cabellos, alborotados, se estremecieron en un soplo de aire. El hombre estornudó, tosió y volvió a su faena. Todos los viajeros del interior se descubrieron también. Pasaba un entierro. Varona lo miró con ojos distraídos. En el coche, blanco, un pequeño ataúd blanco, medio oculto entre flores; y en el pescante, un granuja de cara color guinda, vestido de casaca y calzón y soportando sobre su peluca un tricornio galoneado, cuyas plumas podridas temblaban perceptiblemente.

La viudita rubia consultó su cronómetro y dió otras diversas señales de impaciencia.

Varona encendió un nuevo cigarrillo. Al cabo de un instante inquirió:

—¿No marchamos?

El bigote del conductor ascendió un centímetro sobre la bufanda, lo cual quería decir que había abierto la boca para dar respuesta. Pero súbitamente volvió a descender, y el hombrecillo esférico alzó su gorra, inclinó la cabeza, estornudó, tosió y tornó a cubrirse. En el interior, docena y media de sombreros se elevaron solemnemente y seis señoras se santiguaron. Pasaba otro entierro. Un bergante delgado y negro como un tizón guiaba el negro coche, procurando ver el camino por la rendija que quedaba entre la amplia chistera y la nariz. Detrás, en un landó, iban unos señores muy serios; seguía un carruaje, desde el que dos caballeros contemplaban con aire aburrido las aceras: luego un simón, donde un militar charlaba con un cura; después otro simón, en el que un individuo gordo se reía de algo que le contaba un individuo flaco, al que apenas quedaba sitio para moverse, y, por último, el más sucio de todos los coches de punto, por cuya ventanilla se asomaron los rostros de sus dos ocupantes para echar un piropo a la viuda



de la plataforma, moderando la voz, como si temieran ser oídos por el muerto. Y ahí terminaba la comitiva.

Varona entró, buscando asiento, y quedó en esa actitud un poco cohibida de todos los viajeros instalados frente a frente en los bancos de un tranvía. Paseó una mirada por sus compañeros y los vió rígidos y encorvados, en esas posturas que sólo se adoptan en tales lugares y en las galerías de los fotógrafos. Y también advirtió que estaban extrañamente tristes. Casi todas eran personas de una gran palidez y de vestir descuidado; había ojos cargados de susto, rostros sellados por el tedio y labios exangües, que se movían como en un rezo. Varona tuvo un repentino disgusto y se apeó, resuelto a continuar a pie su camino.

Acaso habría recorrido doscientos metros cuando el tranvía le alcanzó, tintineando alegremente. Volvió a subir. Un minuto después cesaba otra vez el flúido eléctrico.

—Parece una burla—rumió el joven.

Hubiera querido apearse de nuevo; pero algo le decía en su interior que, si tal hiciese, el tranvía arrancaría briosamente en el mismo momento. Los entierros que ha-

bían dejado atrás y otros cuatro o cinco desfilaron con lentitud.

—No es muy divertido todo esto—masculló Varona.

—No es muy divertido; no, señor—asintió el empleado, mirándole tristemente—; y aun puede decirse que no hay servicio más penoso en toda la red. Los que trabajamos en esta línea padecemos catarros crónicos, a fuerza de descubrirnos ante tanto entierro. Observe usted las personas que viajan en estos coches. Si alguna tiene el rostro satisfecho, puede usted apostar dos litros de vino a que no vive en esta calle. ¡Ah, caballero! La primera vez que se ve un ataúd, se le ocurren a uno ideas regocijadas, porque no es uno el que va dentro. Yo he dicho más de cinco veces: "Ahí va un fiambre." Les llamaba fiambres, caballero, y mucha gente tiene aún tal costumbre. Después, poco a poco se va uno poniendo demasiado serio, señor, y ya no se piensa más que en la muerte, en el día en que uno pase por aquí, camino del Este, entre el saludo de tanto desconocido.

El hombre gordo se interrumpió para estornudar tan insistentemente que sólo pudo calmarse refugiándose en un acceso de tos.

La viudita daba señales de impaciencia. Varona miró la larga ringlera de tranvías detenidos, oteó tres entierros más que se aproximaban lentamente y saltó a la calle. Se detuvo un momento junto al estribo para dejar paso a un automóvil y quiso marchar. Pero en aquel instante oyó un débil grito y sintió un fuerte golpe en la espalda. La enlutada joven rubia había caído sobre él al apearse.

—¿Se ha hecho usted daño?—preguntó Anselmo sosteniéndola.

—¡Jesús! ¡Dios mío!—suspiró la dama encendida en rubores.

—¿Se ha hecho usted daño?

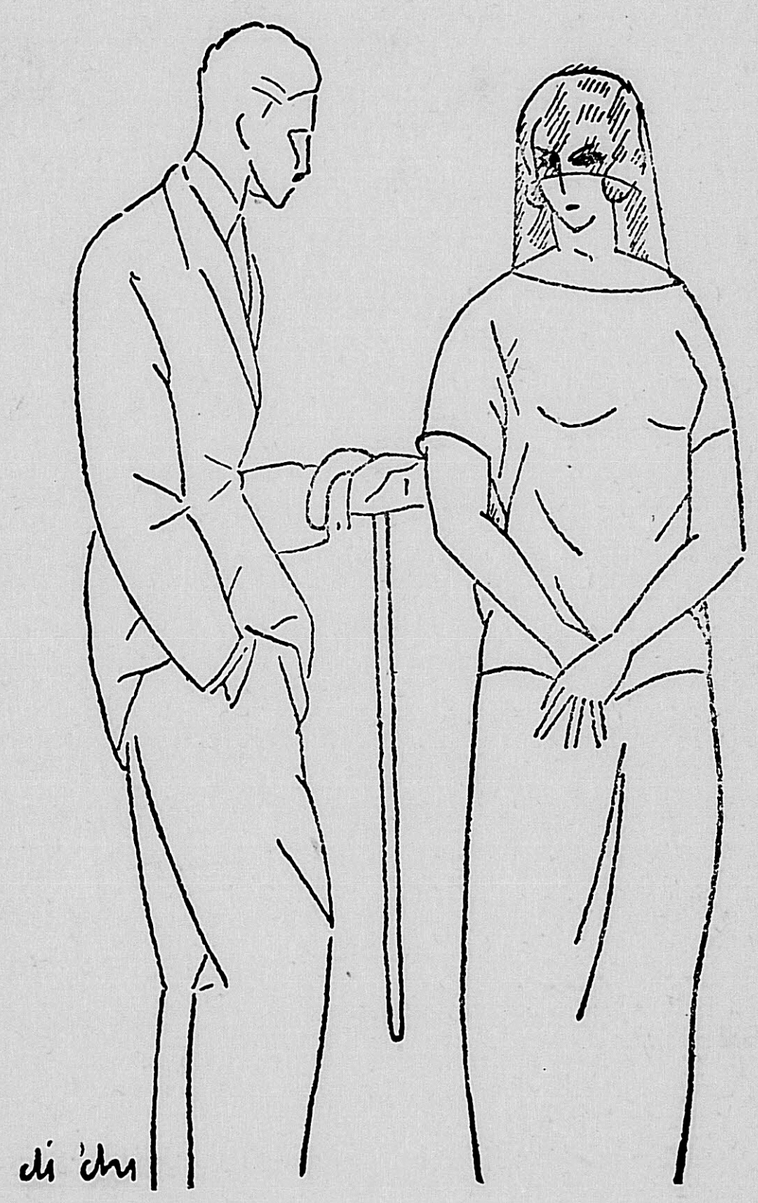
—No... Creo que no...

—Piénselo usted bien—le aconsejó Varona con amabilidad, mostrándose pacientemente dispuesto a sostenerla abrazada mientras durase su meditación, por larga que fuese.

—Me parece—aventuró ella, desprendiéndose—que no me lastimé.

Y se alejó hacia la acera con un andar extraño.

—Cojea usted atrozmente—insistió Varo-



na—. Acepte mi brazo, señora. Quizá tenga un tendón torcido.

—Gracias...

—Es una locura empeñarse en andar. Se advierte que sufre usted mucho.

—Casi nada. Aquí..., en el pie izquierdo...

—¿Un esguince?

—No... Se me ha caído el tacón del zapato.

—¡Oh! Menos mal. ¿Quiere usted que llamemos un coche?

—Será preciso.

Anselmo corrió en pos de un "simón" que se alejaba. Antes de cerrar la portezuela tras la viuda preguntó:

—¿Qué dirección doy al cochero?

Y comentó, después de oírla:

—Somos vecinos. Vivo unas cuantas casas más allá. ¿Permite usted que vayamos juntos?

Ella contestó secamente, agarrando la portezuela, como si temiese la invasión del oficioso:

—No.

Y Anselmo se descubrió:

—Perdón, señora.

Mientras se dirigía a pie a su domicilio,

el joven reconoció lealmente que la enlutada era una hermosa mujer, de arrogante figura, y caviló después que, desde que estaba en España, no había saboreado ni la más vulgar aventurilla amorosa. Dos meses de castidad. Suspiró. Ya era bastante. Al principio le satisfacía esta abstención por el reposado contraste que oponía a su existencia en Francia y en Berlín. Pero ahora comenzaba a pensar demasiado frecuentemente en que el encanto principal de la vida está en el amor y en que sus aventuras del extranjero podían tener en Madrid una continuación subrayada por el atractivo de la novedad.

***

Cuando sintió las pisadas de Anselmo en el pasillo, doña Montserrat, la dueña de la fonda, asomó la inmensa mole de sus carnes temblorosas a la puerta del saloncillo destinado a recibir a los visitantes.

—¿Me hace usted el favor, señor Varona? A ver si entiende usted a esta madama, que parece francesa. Esta aquí doña Rosa, pero no consiguen explicarse...



Varona entró. Doña Rosa, prez de la casa de huéspedes, enrojeció un poco al presentarse Anselmo, y se disculpó:

—Habla un francés muy cerrado, ¿sabe usted? La comprendo muy mal.

La francesa, una mujer rubia, de ojos agrandados por el *kool,* seguía el movimiento de los labios de doña Rosa con ávida atención, como si intentase comprender algo. Sonriendo, insistió, con un ademán en el que parecía querer abarcar la estancia:

—*Chambre...*, *chambre...*

—*Oui, oui*—hizo doña Rosa, como si silbase a un perro.

Y se puso más encarnada.

—Tiene una pronunciación tremenda —corroboró—. No se le entiende nada. Y eso que estoy muy acostumbrada a hablar francés.

Anselmo intervino. Tras unos segundos de conversación aclaró:

—Esta señora desea hospedarse aquí, doña Monserrat.

—¿Aquí?—preguntó un poco alarmada la fondista.

Miró a doña Rosa y movió la cabeza lentamente.

—¿Aquí? Pues... lo siento mucho... No dispongo de habitaciones.

Varona tradujo la respuesta.

—*Oui, oui*—apoyó la señora distinguida.

La extranjera se puso en pie.

—*Bon chur*—pronunció doña Rosa, radiante de felicidad, por haber dado aquella muestra de sus conocimientos—. *Bon chur.*

Y mientras la hospedera acompañaba hasta la puerta a la dama, trató de convencer a Anselmo de que el francés que ésta hablaba era absolutamente inaceptable.

Doña Monserrat reapareció, se detuvo ante sus huéspedes, guiñó un ojo y señaló con el dedo pulgar hacia el pasillo.

—¡Que se vaya al Ritz!—gruñó—. ¡A cualquier hora admito a una señora de éstas en mi casa!

—¿Por qué?—inquirió Anselmo.

—¡Ah, hijo; porque ésta es una casa formal! ¿Se ha fijado usted en lo pintada que iba esa señora?

—Sí. Eso no quiere decir nada.

—¿Francesa y pintada?... No, hijo; muchas gracias. Mi casa es muy seria... Y aunque no se pintase. Bien sé yo lo que son estas extranjeras, que no le dan importancia

a una porción de cosas... No quiero mujeres en la pensión. En seguida hay disgustos. Doña Rosa, porque... es doña Rosa, que si no...

—Pues ¿qué ocurre?

—¿Pregunta usted lo que ocurre? Doña Rosa, ¿oye usted? Me pregunta qué ocurre.

La interpelada movió la cabeza tristemente, para dar a entender que lamentaba la ignorancia del mundo que transparentaba aquella inquisición del joven.

—Pues ocurre, señor mío—siguió la hospedera con el océano gelatinoso de sus pechos temblando de indignación—que comienzan los enamoramientos y las tonterías. Y en mi casa, no. Poco después de establecernos acepté a una señorita, huérfana de un coronel, que parecía ser una muchacha muy modosita. Al principio, apenas tuve de qué arrepentirme. Sólo se notaba un consumo mayor de aceitunas, porque todos los huéspedes le ofrecían alguna clavada en un palillo. Pero pronto supe que coqueteaba con un vecino de cuarto que tocaba el violín en el Real. "Señorita Elena (creo que se llamaba Elena), le dije un día; usted habla de balcón a balcón con el violín." "Sí", me con-

testó tranquilamente. "¡Ah, muy bien, señorita Elisa! (Elisa es como se llamaba.) ¿Y por qué es eso?" "Porque me agrada, y es mi novio, y me ha dicho que se quiere casar." "Perfectamente, señorita Elvira (estoy segura de que éste era su nombre), pero en mi casa no consiento noviazgos; hágame el favor de buscar hospedaje." Y se fué. El violín se quedó unos días más, comiendo como un cerdo para vengarse; y se marchó también. No, no quiero líos. ¡Pues si una se descuidase...!

—¡Uy!—hizo doña Rosa mirando al techo.

—Yo estuve cuatro años en relaciones con el que después fué mi marido—siguió doña Monserrat—. En ese tiempo hablábamos, yo, desde el balcón de mi tercer piso, y él desde la calle. Aquí está, y puede decirlo.

—¿De qué se trata?—inquirió el fondista, deteniéndose en el umbral.

Era un hombrecillo insignificante, delgado y raquítico, adornado con uno de esos profusos bigotes que tanto aman los hombres diminutos. Sentía hacia su mujer una pasión perseverante; admiraba en ella las carnes y la corpulencia de que él carecía, y

acaso la incesante actividad de aquella mole, que le permitía a él pasar la vida en una ociosidad sólo interrumpida por sus pantagruélicas digestiones. Tenían un solo hijo, casi microscópico, de diez o doce meses, que solían dejar en los sitios más insospechados de la casa. Varona cuenta que el alumbramiento de aquella criatura fué uno de los sucesos más singulares en la aburrida historia de la pensión. Afirma que una noche, mientras el matrimonio cenaba en la pequeña mesita que se reservaba en el rincón más apartado del comedor, la criada observó que el gato, que en aquel momento reposaba en la butaquita despellejada que había debajo del reloj, estiró la cabeza, con las orejas tiesas y contempló con atención evidente algo que debía de ver junto a los fondistas. Ocurría esto cuando la criada entró con una fuente de pescado frito. Al volver con unos bistés, el gato estaba al pie de la butaca, y, según la fámula, tenía todo el aspecto sorprendido que puede ofrecer un gato. En aquel instante doña Monserrat ordenó:

—Trae la ensalada. Hoy me advierto bien dispuesta a tomar ensalada.

Y la criada partió rápidamente, sin ocu-

parse del gato. No obstante, no hay una sola criada de casa de huéspedes que no sea curiosa, y en esta ocasión no se debe censurar tal defecto, porque cuando sucumbió a su afán de saber lo que intrigaba al animalito, vió junto a la mesa, casi entre los pies de la fondista, un pequeño objeto que se estremecía bajo las recelosas narices del felino. Lo vió y lo recogió, advirtiendo:

—Se le ha caído a usted algo, mi ama.

El objeto, unido a un largo cordón obscuro, fué puesto ante la mirada de los cónyuges. Don Manuel, el marido, opinó:

—Has dado a luz, vida mía.

—Es verdad—reconoció la esposa—. Me parece que no me encuentro bien.

Y marchó a acostarse, llevando a la diminuta criatura y seguida por el gato, que parecía sinceramente aturdido.

Esto cuenta Varona. Si ustedes no le creen, harán bien en no seguir leyendo esta historia, porque aun refiere en ella ocurrencias mucho más extraordinarias.

CAPITULO II

DONDE VARONA COMIENZA A INSTRUIRSE EN NUESTRAS EJEMPLARES COSTUMBRES

—¡Vaya una hora de almorzar!—exclamó el teniente Gálvez, partiendo con sus dedos achatados los gajos de una naranja—. ¿Sabe usted que han dado las dos?

El inspector de Utilidades, señor Marey, hizo dar unos saltitos a su silla para ponerla, con relación a la mesa, en la mayor proximidad que consentía su duro y redondo vientre, y otorgó, riendo, mientras prendía la servilleta en el chaleco:

—Sí, un poco tarde...; es un poco tarde.

Después adquirió una expresión feliz, paseó la mirada de sus ojillos brilladores desde el teniente a Varona y de Varona al lúgubre Fandiño, sus consuetudinarios compañeros de mesa, y explicó:

—Pero, señores, vengo de encerrar a la mujer más guapa de Madrid. ¡Qué nuca y qué caderas, amigos míos! La encontré en la Plaza Mayor, y me llevó hasta la Guindalera.

—¿Qué es "encerrar" a una mujer?—inquirió Anselmo.

Se había resignado ya a soportar todos los días aquellas charlas sobre temas eróticos. Nunca se daba el caso de que en la mesa que los cuatro huéspedes ocupaban cerca de un balcón de la amplia estancia, se hablase de algo que no fuese la mujer. Era una obsesión. Chistes obscenos, anécdotas picantes, relatos de torpes aventuras...; esto era todo. Se diría que aquellos tres seres, de tan distintas condiciones y edades, no vivían para otra cosa, ni tenían más preocupación que la sexual. La forma de un objeto, el nombre de una hortaliza, el sabor de un manjar, bastaban para suscitar en ellos ideas lascivas; manejaban encendidos retruécanos, y hasta el sencillo acto de meter el corcho en la botella del vino, les sugería imágenes venusinas. Cierto es que el intendente mercantil, señor Fandiño, alto, lívido y magro, no incurría en la bulliciosa exaltación del inspector y del

teniente; pero en el brillo de sus ojos y en el temblor de sus manos y en alguna breve exclamación incontenible, demostraba, al oír cualquier relato atrevido, hasta qué punto participaba él de aquellas ansias.

—¿Qué es "encerrar" a una mujer?—había preguntado Varona.

—¡Hombre!—respondió Gálvez en tono docente—. Eso lo sabe todo el mundo. Usted encuentra a una mujer que le gusta, la sigue y la acompaña hasta que la ve entrar en su casa.

—¿Nada más?

—Claro. Nada más. ¿Qué quería usted?

Anselmo meditó un poco.

—Pero eso es una tontería.

¡Una tontería! Gálvez y Marey se contemplaron asombrados. Después prorrumpieron a la vez en una ardiente defensa de las callejeras prácticas galantes. ¡Una tontería! No. Era una virtud de la raza, una condición estimable que nos concedía superioridad sobre los demás pueblos del continente: el homenaje férvido del hombre a la belleza de la mujer, la admiración rendidamente exteriorizada en un largo seguimiento o en frases de elogio y de súplica. En todas partes

había muerto la vieja galantería; pero en España vivía aún, y muy singularmente en la corte. Y si no, que lo dijese el propio Varona. El había viajado mucho, había vivido desde la adolescencia fuera de su país. ¿Y qué? Por aquellas tierras, ¿existía algo parecido a esta constante glorificación de la mujer, de cualquiera mujer, encumbrada o humilde, que, al cruzar una calle, iba haciendo cosecha de requiebros?

—Díganos. ¿Qué hacen ustedes en Inglaterra, o en Alemania, o en Francia, cuando pasa una mujer hermosa?

—La miramos, naturalmente.

—¿Y qué le dicen?

—Nada.

—¡Cómo! Vamos a ver—saltó el inspector de Utilidades—. ¿No le dicen: "¡Viva tu madre, cachito de gloria!"?

—No.

—¿Ni algo parecido?

—No.

—¡Qué sosera! Verdad es que para eso no hay ningún pueblo como Madrid. Sin que sea faltar a nadie, un hombre que no sabe echar piropos es un ganso. ¡Y lo que lo agradecen ellas!... Si usted no sabe echar

piropos, no irá usted muy lejos en asuntos femeninos. ¿Qué ha conseguido usted, si puede preguntársele, desde que ha vuelto a España?

—Nada... No sé... No conozco...

—¡No conoce! ¡Si no hace falta! La calle, ahí está la calle; la calle es de todos: el palenque. Pero yo le digo que, a pesar de llevarle algunos años, no le tengo miedo ninguno, amigo mío. Ahora mismo, esta tarde, si me da la gana, encerraré a tres o cuatro señoras estupendas.

—¡Estupendas, estupendas!—suspiró Fandiño.

Se levantaron para marchar. El teniente, según su costumbre, permaneció en la mesa, porque a aquella hora solía asomarse al balcón de un piso alto de la casa frontera una joven a la que Gálvez tenía interés en mirarle las piernas, oculto tras los visillos.

*
**

No se machaca en balde con tan sugestivas teorías sobre el espíritu de un joven que lleva tres meses separado de su Ninette. Cuando Anselmo cerró aquella tarde su ofi-

cina (agencia de una casa productora de motores, que él representaba en España) halló el aire de la calle embalsamado ya por la primavera, y sintió su propio corazón inflamado por un dulce y vago deseo. Se acordó con nostalgia de otras primaveras y de otros escenarios de su vida, y algunas sombras de mujeres amadas transcurrieron encantadoramente por su memoria. No había en sus recuerdos ninguna violencia, ni la amargura de un amor infeliz, ni ese sordo dolor que una pasión, aun curada, deja en el espíritu. Había querido alegremente, y alegremente le habían amado también. Había dado y tomado bienes de juventud. Sus cariños desconocían las palabras celosas, los sentires envenenados, la voluptuosidad torturada por los obstáculos. En cada episodio había sido fuente que calma una suave sed y labios que se aplican a la clara linfa. Todo tuvo siempre un sentido natural, con la diáfana naturalidad del amor, ley universal a la que no concebía que nadie pudiese mirar con ojos ceñudos. Ni el encono de doña Monserrat ni el suplicio obsesionante de sus camaradas de pensión había hallado él entre las gentes que le rodeaban desde que, por primera vez,

en tierra extranjera, había gustado el dulce sabor de una boca femenina.

—Ciertamente—pensó—, el amor no es todo en la vida; pero es muy importante oírlo cantar alguna vez en el corazón.

Contempló la amplia calle, en la que hormigueaban las gentes, satisfechas en esa acariciadora y sensual holganza del crepúsculo, y tuvo una sensación angustiosa de soledad, tal como no se la habían procurado las multitudes de Londres, ni de Berlín, ni de la capital de Francia. Algunas parejas de enamorados le indujeron a meditaciones que subrayaron su infelicidad. Las jóvenes que subían de Recoletos, cogidas del brazo, en grupos joviales, mezclando sus aromas a los de la tarde abrileña, le colmaban de impacientes estímulos. Recordó las palabras de Marey: "La calle es el palenque". ¿Por qué no intentar...? Vió una modista esbelta, de grandes ojos negros, que se fijaron un momento en él, al pasar, y esta mirada le dió ánimos. Concedió a su presunta víctima una delantera de tres metros, y se dió a caminar detrás de ella, pensando en lo que había de decirle para entablar una conversación. Así recorrió dos o tres manzanas, sin que su per-

plejidad se desvaneciese. Al fin, confió en la inspiración del momento, y se acercó.

—Buenas tardes—balbució, tocando el ala de su sombrero.

La joven ni aun le miró.

—Señorita—insistió él—, buenas tardes.

Silencio por parte de la señorita. Continuaron juntos treinta o cuarenta pasos. Varona pensaba: "Tengo que decir algo. Esta situación es bochornosa. ¿Qué debo decir?"

Procuró acordarse de los piropos oídos a sus compañeros de mesa. Volvió a tocar el ala de su sombrero, y expuso, delicadamente:

—Señorita: deseo que viva su señora madre.

Perseveró el mutismo. Cincuenta metros más allá, Varona hizo un gran esfuerzo de imaginación, se puso encarnado y quebrantó su recogimiento para murmurar, sin énfasis alguno:

—Olé.

Nada. Entonces Anselmo anheló con toda su alma separarse y marchar, porque se encontraba anegado en ridículo. Pero temió que la huída después de aquel fracaso fuese más ridícula aún. Sus manos destrozaban nerviosamente algunos papeles, dentro del



bolsillo. Miró a la joven de reojo, y la vió seria.

—Haga usted el favor de mandarme que me retire—le suplicó.

La mujer continuó como si no se enterase.

—Si usted no me manda retirar, no sabré marcharme; y... el caso es que... tengo que hacer... ¿Va usted muy lejos?

Al fin estalló la voz de la modista:

—¡Voy a donde me da la gana!

—Pues a mí me coge de camino—insinuó torpemente Varona.

Y, cobrando ánimos, le lanzó un "¡Vaya mujer!", con el mismo tono desmayado que si quisiese decir: "¡Vaya por Dios, mujer!"

—¿No tiene usted nada más que contarme?—preguntó agriamente ella.

—En este momento...

—¿Es usted de Astorga?

—No. Palabra.

—Pero es usted más desaborío que un puchero sin sal. ¿Por qué no aprende unos cuantos chistes?

—Es verdad... No se me ha ocurrido.

—Por lo menos, algunos colmos o adivinanzas, para amenizar su conversación.

—¿Colmos?... Sé uno. ¿Cómo es? No me

acuerdo bien, pero creo que tiene gracia. Calle usted un instante, a ver si lo pesco. Me parece que se reirá usted.

—¿Será el del elefante?

—¿Elefante? No... ¿Qué es eso del elefante?

—¿Cómo sacaría usted un elefante de un río?

—Pues... no sé. Pero me preocuparía más sacar una pulga de un pozo.

—Lo sacaría usted mojado.

—¡Caray! Es un rasgo de ingenio. La verdad..., no creo que se me ocurran nunca tales ideas...

Un grupo de gentes los separó. Anselmo dió un profundo suspiro, y concibió la idea de una pantomima libertadora. Durante dos minutos miró, buscando a la joven, hacia todos lados menos aquel por donde indudablemente estaba; escrutó ansiosamente el suelo y las copas de los árboles. Luego cruzó el arroyo, como si siguiese la busca. Por último, echó a correr detrás de un tranvía, tal como si creyese que la bella había subido a él. Cuando estuvo lejos, volvió a su andar calmoso e hizo un mohín de fastidio.

—He aquí lo que puede llamarse una diversión estúpida—murmuró—; no sirvo... Que las encierren los "castizos". Yo ya tengo bastante.

Produjo, según su costumbre, dos o tres juramentos en alemán, y se encontró más aliviado.

No obstante, su situación espiritual no era precisamente beatífica cuando halló, cerca ya de su casa, a la viudita rubia de la víspera, que, ya en posesión de unos tacones simétricos, avanzaba airosamente por la acera. Cruzáronse. Ella sonrío. Saludó con una voz suave:

—Buenas noches.

Varona se descubrió reverentemente.

—Buenas noches.

Y se advirtió lleno de felicidad por aquel encuentro.

—¡Pedacito de gloria!—dijo para sus adentros, siguiendo con los ojos a la mujer que se alejaba—. ¡Pedacito de gloria! ¿No es así como debe decirse?

Movió dudosamente la cabeza, y penetró en el portal de la fonda. No tenía... ¿cómo era?..., no tenía *ángel*. ¡Eso! Le faltaba *ángel*. El panzudo Marey le derrotaría cuantas veces quisiera. ¡Triste destino!

***

Los encuentros, intencionados o fortuitos, entre la viudita y Varona, menudearon, si bien en ellos no cambiaban más que las frases tópicas de la cortesía. Supo Anselmo que la joven se llamaba Emilia, y que su marido estaba entregado desde hacía año y medio a la silenciosa y desagradable labor de mondar su propio esqueleto en el cementerio del Este. Ella había vuelto a la casa de sus padres, y guardaba aún con gran rigor el luto. Se lo hizo saber a Varona el día en que éste la invitó a ir a un teatro.

—No voy a teatros, ni a fiestas, ni a lugar alguno donde se reúna la gente. Salgo a la iglesia y a hacer compras; y alguna vez, por higiene, me marcho a la Moncloa con un libro, y paso un par de horas en los pinares, leyendo.

—Es preciso que guarde usted aún mucho amor al difunto para sacrificar su juventud de ese modo—opinó Varona.

—Naturalmente—dijo ella, como si diese a entender: "¡No hay más remedio!"

Y agregó: .

—Pero... aunque así no fuese..., la costumbre...

—Comprendo... Sin embargo..., tantos meses...

Ella se admiró:

—¡Si esto no es nada! En Madrid hay cierta tolerancia, y, hasta un determinado límite, cada cual puede hacer lo que quiera. Pero en provincias es peor, mucho peor. Crea usted que esta vida mía, que a usted le parece excesivamente recoleta, escandalizaría allí.

—¿Es posible?

—No lo preguntaría usted si hubiese oído la historia de mi tía Damiana. Mi tía Damiana salió del colegio a los diez y siete años, y aquel mismo día conoció, en un baile, en la pequeña ciudad castellana donde vivía, a un alférez de Infantería, que se enamoró de ella con una de esas pasiones que hoy son ya desconocidas hasta en los pueblos pequeños. Parece que mi tía Damiana no fué insensible a aquel amor. El alférez se dió a pasear-

le la calle, y ella atisbó al cuarto día tras de las cortinas. Pero poco después cayó su padre enfermo, y murió. Damiana observó seis años de luto. Seis años de luto, señor mío, sin salir a la calle, sin recibir visitas, cerradas las ventanas, viviendo en penumbra o con luz artificial. Así es la costumbre. Mientras tanto, el alférez se había batido en la campaña del Norte y ganara el grado de capitán. Volvió, y, como hubiesen transcurrido siete años, mi tía Damiana pudo asomarse cautamente a verle pasar. Se sonrieron del balcón a la calle con toda la ternura de sus corazones, y puede decirse que fué un día de fiesta para ellos. Mas aquella noche, la madre de Damiana murió repentinamente. Volvieron a cerrarse las persianas y a encenderse la luz, y los trajes negros, guardados casi la víspera, salieron de los arcones. Seis años más durmió la tristeza en aquella casa. Y transcurridos que fueron, Damiana volvió a asomarse al balcón. Su enamorado paseaba por la rúa las estrellas de comandante. Mi tía no era ya, como es de suponer, la tierna joven de mejillas rosadas. La larga reclusión la había empali-

decido horriblemente, y podían verse algunas canas entre sus cabellos. Su sonrisa era torpe y triste; pero cuando miró al hombre que amaba, creyó aún que podía haber ventura para ella en la tierra. Aquella noche cambiaron las primeras trémulas palabras: "¡Damiana!", dijo él; y ella balbució: "¡Carlos!". Nada más, y era bastante, porque en tales tiempos no necesitaban mucho las almas para entenderse. Mi tía tuvo seguramente aquella noche ensueños muy agradables. ¡Ay!, el alba había de disiparlos, que así es la vida. La tía Genoveva, hermana de la enamorada, apareció tiesecita en su lecho.

—¡Qué horror!

—Parece que le había hecho daño el aire libre. La falta de costumbre. Imagínese usted que al morir su padre era rubia, y cuando la metieron a ella en la caja tenía un pelo negrísimo. El humo del quinqué, represado en la casa, la había puesto así. Parece increíble.

—Y otros seis años...

—Hubieran sido cuatro nada más, porque el luto de hermana no es tan riguroso; pero en ese tiempo fallecieron tres primas

y el abuelo paterno. Es lo que ocurre cuando se trata de una familia numerosa. Quince años después pudo asomarse nuevamente Damiana. Su adorado era general, y bien puede decirse que la amaba cuando aun apareció arrastrando una pierna gotosa. Pero mi tía era ya un espectro: huesuda, arrugada, vieja... Una ruina, señor. "Damiana —dijo él—, estás sola en el mundo; nada hay ya que pueda estorbar nuestra dicha." "Así es—dijo ella—; no me queda más que un hermano casado." "Y ¿cómo se encuentra?"—preguntó recelosamente el novio—. "Fuerte como un roble; anteayer le nombraron consejero de Instrucción pública." "Bien —respondió el general—; no conocí ningún político que se muriese joven; creo que ahora es la nuestra." De esta suerte hablaron, y se hubieran casado antes de un mes, si mi tía Damiana no falleciese al tercer día de esta charla.

—¡Triste caso!

—Se le había quedado la sangre blanca, de no recibir la luz del sol. Cuando la vió el médico, dijo: "Si tiene más de quince o veinte glóbulos rojos en todo el cuerpo, ya pue-

de darse por contenta." Y así debía de ser, porque semejaba una figura de escayola.

—¿Y el novio?

—Puede usted suponer... Una tragedia. No sé qué se hizo. Creo que pidió el pase a Carabineros.

CAPITULO III

EN EL QUE A VARONA SE LE HINCHA UN OJO

—Ya que no al teatro—aventuró un día Varona—, podemos ir a comer juntos alguna vez.

Emilia frunció el ceño.

—Espero que no habrá querido usted ofenderme. Soy una mujer honrada, caballero, y no creo haber dado ocasión...

El joven se deshizo en disculpas.

—Perdóneme... Le ruego... Pero ¿qué ha podido entender?... He dicho ir a comer, a almorzar, ¿comprende? Yo no sé si esto tiene un doble sentido, pero en mi intención no estaba más que el literal. Quise decir: vamos a un restaurante; usted se sienta a un lado de la mesa, yo a otro; viene el camarero, nos pone delante unos manjares, y empezamos a masticar: ¡ham, ham! Luego nos vamos, y... nada más.

—Sí, sí, entendido; sé lo que es comer.

—¿Y qué hay de malo en eso?

—De malo..., naturalmente..., dicho así... Pero ¡Dios nos libré que me viesen comiendo con un hombre solo! Usted viene mal acostumbrado del extranjero. Si accediese a eso que a usted le parece tan sencillo, creería la gente que había algo entre nosotros. Me comprometería.

—Pues dejémoslo.

—Unicamente—la voz de Emilia se hizo un poco confidencial—, únicamente..., si usted quiere hablar alguna vez conmigo..., alguna vez..., podemos encontrarnos en la Moncloa. Nada tiene de particular que usted pasee por allí y nos veamos...

—Sin duda.

—Cada ocho, cada quince días...

—Muy bien.

—Es preciso no dar ocupación a los murmuradores... Porque, usted lo sabe, amigo mío, no basta la propia conciencia, sino que hay que contar con las ajenas.

—En definitiva, ¿qué podían creer? ¿Que usted me gusta?

—¡Oh, cállese!

—¿Que estoy enamorado de usted?

—Pero, criatura, eso podría acarrearme mil disgustos.

—Usted es dueña de sí misma, como yo de mí...

—Señor Varona...

—Son hipótesis.

—Ni como hipótesis. Si adopta ese tono, no podré oírle.

Y el joven calló. Pero como sobre todos los convencionalismos triunfa siempre la ordenación natural, ese tono que Emilia rechazaba fué precisamente el que imperó en las sucesivas conversaciones, sin que ella hiciese al fin la menor tentativa de rehusarlo.

En los paseos por la Moncloa y por el Parque del Oeste cambiáronse entre Anselmo y Emilia las primeras deliciosas frases de un cariño naciente... Una tarde, sentados en un banco, sin testigo alguno en cuanto alcanzaba la vista, Varona se decidió a tomar entre las suyas una mano de la mujer. Ella hizo girar sus ojos espantados, y murmuró, agitada por el miedo:

—¡Por Dios!... ¡Suélteme!... Podrían vernos...

—No, nadie nos ve—afirmó el joven—.



Quiero decirle a usted, Emilia, que estoy tan enamorado...

—Pero suélteme... Viene alguien...

—No viene nadie. Tan enamorado que no puedo continuar más tiempo...

—Le suplico, Varona... Deje mi mano.

Varona soltó aquella mano y le cogió la otra.

—Me es imposible continuar más tiempo sin que usted me tranquilice...

Se inclinó para dejar un beso en la blanca y carnosa mano de la viudita. En aquel momento, la viudita lanzó un grito. Alzó Anselmo la cabeza, y vió detrás de ellos, recién surgido de entre unos frondosos arbustos, un guarda uniformado, con la escopeta en bandolera, una trompa al cinto y una mirada furibunda bajo las cejas enmarañadas.

—¿Qué hace usted aquí?—preguntó Anselmo, en el primer momento de sobresalto.

—¡Cómo! ¿Qué hago yo aquí?—gruñó el guarda—. Eso es lo que tendría yo que preguntarles, si no hubiese visto ya bastante para ahorrarme palabras.

Emilia ocultó el rostro entre las manos.

—¿Y qué ha visto usted?—exigió de mal talante Anselmo.

—Lo he visto todo. Hace un cuarto de hora que estoy escondido detrás del banco. Desde que les vi acercarse comprendí lo que iba a pasar. Ya es uno perro viejo. Estoy acostumbrado a estas cosas.

—¿Confiesa usted que nos ha espiado?

—He cumplido con mi deber.

—¿Es ése su deber?

—Tan es ése mi deber, como el de ustedes guardar compostura. Vengan sus nombres.

—No daré nombres.

El guarda salió al sendero.

—Hagan el favor de seguirme a la Comisaría.

La viuda rompió a llorar desconsoladamente.

—¡Qué vergüenza, Señor, qué vergüenza!

—¿Por qué tenemos que ir a la Comisaría?—inquirió Varona, pálido de indignación, aproximándose al guarda.

—Por faltas a la moral.

—¡Atrévase a repetir eso!

—¿Me amenaza usted?

—¡Por Dios, por Dios, Anselmo!—gimió Emilia—. ¡Cállese! Viene gente. ¡Voy a morirme de vergüenza!

Se aproximaba, por un extremo de la senda, un matrimonio ya maduro, caminando con lentitud.

—Pero, diga... Yo quiero que diga..., ¿qué ha visto usted?

—He visto que besaba a la señora.

—Le besaba una mano. Bueno, ¿y eso es un delito?

—Ya se lo dirán.

El matrimonio se detuvo al oír las voces.

—¡En una mano, en una mano!—repetía Varona—. Pero, aunque fuese en la cara..., ¿qué?

La señora, que se había inmovilizado frente a ellos, colgada del brazo de su marido, hizo un gesto de escándalo.

—¡Qué depravación!—comentó.

Y el marido alentó al guarda:

—¡Duro con ellos! A ver si las personas decentes podemos pasearnos sin tener que soportar estas escenas.

Anselmo se revolvió contra él.

—¿Quién le autoriza a usted para intervenir...?

—¡La buena educación, señor mío!—gritó el otro, desasiéndose de su esposa y agitando nerviosamente el garrote—. ¡La bue-

na educación! ¡Tengo derecho! ¡Soy un ciudadano! ¡Si llego a pasar por aquí con mi esposa cuando ustedes se besaban, le doy a usted un golpe!

—¿A mí?

—¡A usted!

—¡Hágalo ahora!—invitó Anselmo, adoptando una guardia de boxeador.

Hubo un instante en que Varona, el guarda, el intruso y la mujer del intruso forcejearon desordenadamente. Emilia, después de entregarse al masaje de la desesperación, aseguró que iba a morirse, y como los restantes personajes, fervorosamente entregados al traumatismo, no le hiciesen el menor caso, abandonó el asiento y huyó con tanta ligereza como si le hubiesen prendido fuego en las ropas. Pisoteando sus sombreros caídos en la refriega, los hombres luchaban. La gorda y amante esposa del intruso había renunciado a sujetar a éste, creyendo más eficaz dedicarse a arañar a Varona. El guarda, que al principio quiso separar a los combatientes, recibió varios puñetazos. El primero le arrancó una blasfemia, el segundo le hizo vacilar visiblemente acerca de cuál debía ser su línea de conducta. Un golpe en la nariz

puso fin a sus dudas y le decidió a repartir conmovedoras bofetadas, sin que pudiera decirse en justicia que estableciese preferencias en su distribución. Varona no pudo ver el resultado de la pelea. Un porrazo le cerró un ojo, y otro le dejó apenas con la visión suficiente para distinguir la blancura del sendero, por donde se lanzó con toda la velocidad de un hombre que no está muy seguro de poder soportar un nuevo puñetazo.

Al doblar el recodo, oyó la voz del guarda intimándole:

—¡Alto! ¡Alto! ¡Deténgase, o hago fuego!

El terror puso alas en sus pies. Anochecía, y aquellos lugares se habían quedado solitarios. Oyó, tras de las suyas, pisadas presurosas. Corrió más. Se detuvo muy lejos, jadeante; entró en un coche, y dió las señas de su casa.

***

Después de reparar como pudo los desperfectos del rostro y del traje, Varona ocupó su sitio en el comedor, donde sus compañeros de mesa atacaban ya el inevitable cocido; y como advirtiesen en su traza algo

anormal y le interrogasen, contó la aventura, ocultando el nombre de la dama.

—Yo creo que el guarda estaba loco—comentó—. Mañana le denunciaré a sus superiores.

—Mi consejo es que se dé usted por bien librado—opinó Marey—. El comisario aprobaría la conducta del guarda, y usted tendría que vérselas con el juez.

—Pero ¿qué falta se comete besando a una novia en un parque?

—Un atentado a las costumbres; porque aquí no es costumbre. Ya sé que usted apelará al ejemplo del extranjero, donde los novios se besan en público, sin que nadie pare su atención en ello. En España, eso es un motivo de escándalo. Los guardas del Retiro y del Parque del Oeste se dedican preferentemente a espiar y perseguir a los enamorados, les imponen tributos, o los detienen, según. Casi todos los días cazan a alguna pareja que, en realidad, no hace nada peor que lo que usted hizo. Yo conozco innumerables casos, y me guardaría mucho de hacer la menor demostración cariñosa a una mujer en un parque público. Puedo contarle a usted una historia interesante y triste, a

este respecto. Fueron sus personajes dos jóvenes que se amaban a despecho de la oposición paterna. El era un estudiante pobre, y ella una bellísima muchacha de diez y siete años. El servicio militar obligó al novio a abandonar Madrid, y convinieron en verse en el Retiro la víspera del viaje. Acudió la joven, burlando la vigilancia de su familia, y pasearon unos minutos por los más escondidos rincones. Apenas se hablaron, porque la tristeza y los sentimientos profundos son de torpe expresión. Cuando llegó el instante de separarse, abrazáronse, con los ojos llenos de lágrimas, y se dieron el primer beso de su vida. El primero y el último, porque apenas se habían tocado sus labios apareció el guarda. De nada valieron súplicas ni lamentos; el digno celador era duro como una roca. Les abrumó con sus reproches y les entregó a la Policía. Cuando una pareja, amigo mío, sale de un parque público escoltada por un guarda, no necesita la gente preguntar cuál ha sido su culpa. En el trayecto hasta la Comisaría, los dos jóvenes soportaron la curiosidad maliciosa de los transeuntes y sus pullas intencionadas y crueles. "¡Miren la mosquita muerta!", opinaban



unos. "¡Cómo están de pervertidas las muchachas de hoy!", gruñían las señoras graves; y algunos hombres exponían en alta voz lo que ellos harían de encontrarse a solas con la joven. Este suplicio duró mucho tiempo: una hora o dos de afrentas, y de escarnio, y de comentarios procaces. Cuando la novia—a quien acudió a buscar su escandalizada familia—llegó a su casa, se encerró en su cuarto y se mató. No pudo soportar el peso de toda aquella vergüenza.

—¡Pero eso es una infamia, una infamia! —prorrumpió, indignado, Varona.

—En mi pueblo—contó Gálvez—nuestra principal diversión era ir a sorprender a los amantes que se ocultaban al anochecer en unos desmontes del arrabal. Cuando estaban entregados a sus caricias, les apedreábamos. Era morirse de risa.

—¡Inconcebible! ¡Monstruoso! —clamó Anselmo.

Enredáronse en una discusión gritadora. Se habían quedado solos en el comedor. Doña Rosa y la fondista se levantaban para salir, y detuviéronse al oír las frases acaloradas. El inspector de Utilidades, que admiraba en secreto la exuberante adiposidad de

su patrona, la llamó para referirle la aventura de Anselmo, y ambas mujeres se acercaron. Doña Monserrat aprobó entusiastamente la conducta de los guardas, exponiendo su parecer de que los enamorados que se permitiesen la más pequeña expansión ante las gentes debían ser conducidos a la cárcel. Doña Rosa, el orgullo de la pensión, produjo el deslumbramiento de Varona revelándole que, con tales licencias, se ofendía a Dios gravemente.

—¿A Dios? — balbució Varona cuando pudo recuperarse de su asombro—. ¿Cree usted que Dios se ocupa en esas cosas?

—Se ocupa en todo—aclaró doña Rosa, con el aplomo de quien está bien enterado—. No diga usted herejías. Se ocupa en todo, pero singularísimamente de ese pecado, porque sin duda es el que más aflige a la humanidad. Observe usted que la mayor preocupación de la Iglesia está constituída por tales cuestiones. La carne es el cebo con que más pesca el diablo.

—Pero un beso, doña Rosa de mi alma...

—Un beso es un pecado también, señor mío.

—Ya se lo dirán a ustedes allá abajo

—profetizó la patrona, señalando con el índice hacia la residencia oficial del ángel rebelde.

Varona alzó sus hombros con desdén.

—¿Quiere que le diga una cosa?—siguió la excelente mujer—. Temo mucho que usted se haya convertido en un hereje viviendo entre extranjeros.

Y tenía razón. ¿A qué negarlo? Después de haber oído el relato de Varona, yo pienso de él lo mismo que aquella digna y respetable posadera, a quien me complazco en ofrecer mis saludos desde estas páginas.

CAPITULO IV

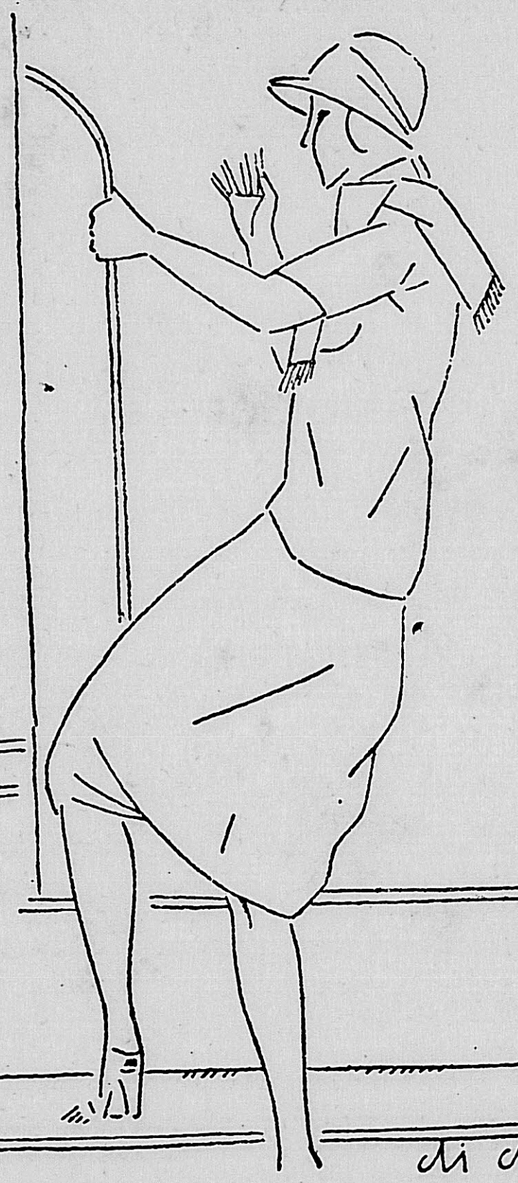
POR EL QUE LA HUMANIDAD PUEDE ENTERARSE DE CÓMO VARONA GASTÓ DOS DUROS Y TUVO UN SUEÑO

No se atrevió Anselmo al día siguiente, ni en todo el tiempo que permaneció en Madrid, a volver a pisar los dominios del guarda con el que había sostenido la desaforada lucha. Un poco triste por no saber dónde encontrar a la apetecible viuda, paseó su ocio por las calles más céntricas de Madrid, y concluyó sentándose en la terraza de un café. Observó tediosamente a los transeuntes, y poco a poco fué interesándose en comprobar que casi todos los hombres y un crecido tanto por ciento de mujeres estaban, según la teoría de doña Rosa, en pecado mortal, si es verdad que en el cielo se juzgan las intenciones como hechos consumados. Señores

tétricos, de traza análoga a la de Fandiño, discurrían por las amplias aceras clavando miradas devoradoras en las hembras, inclinándose sobre sus escotes, aspirando sus perfumes, recorriendo idealmente todas las sinuosidades de las siluetas; cinco o seis de estos tipos melancólicos, detenidos ante una parada de tranvías, estudiaban ansiosamente las piernas de las mujeres, que la altura de los estribos obligaba a mostrar hasta las rodillas; otros sujetos, que llevaban como defensa un gesto de distracción, se entrometían en el raudal humano para rozar con los codos lo que a ese nivel suelen llevar de más opulento las señoras; un grupo de señoritos, inmóviles en la acera, vertían frases soeces y expresiones de un deseo ramplón en los oídos de cuantas mujeres pasaban, distinguiendo singularmente a las gordas. Anselmo vió de pronto al inspector Marey transcurrir en pos de una joven, tan cerca de su asiento, que pudo oírle bramar:

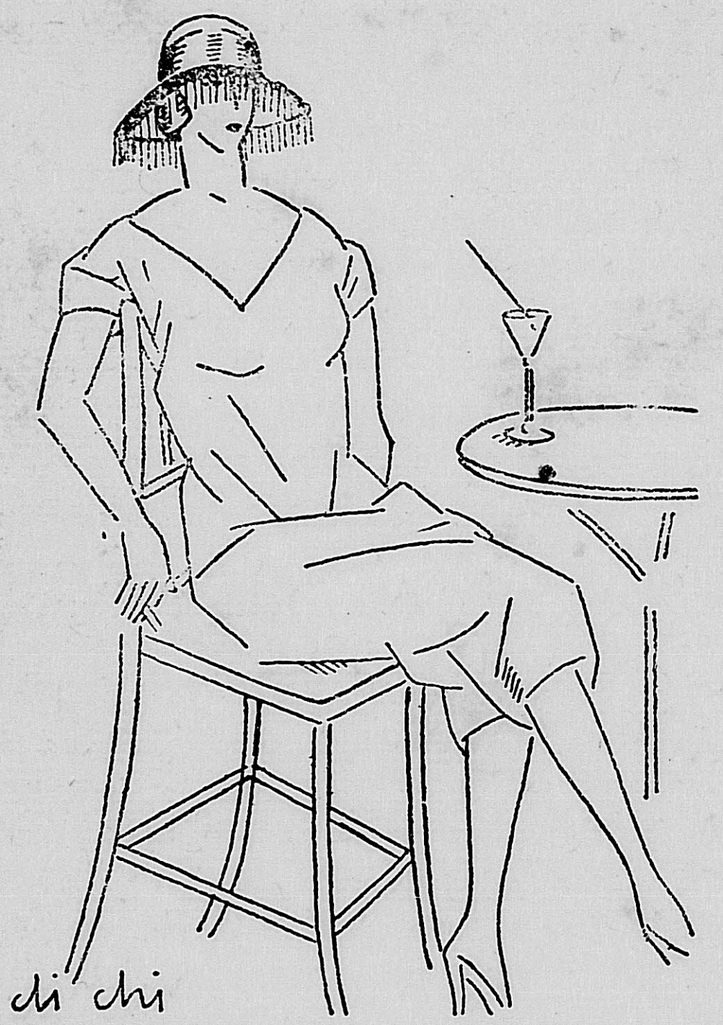
—¡Me gusta usted más que el cocido! ¡Esos son andares, princesa!

Iba rojo, tropezando con la barriga en la gente, con el sombrero ladeado a lo pícaro, ciego para lo que no fuesen los encantos de



su perseguida. Perdióse con ella entre la multitud, dando carreritas cada vez que los otros transeuntes les separaban.

Cayó la noche, desapareció el río humano que hiciera cauce de la calle. Entonces le pareció advertir a Anselmo que los parroquianos que ocupaban las sillas puestas al otro lado de la acera tenían sus ojos fijos en él y le señalaban a hurtadillas haciéndose guiños. Comenzó a sentirse molesto y pensó en marchar. Pero al volver la cabeza, divisó al objeto de aquella curiosidad. Una joven lujosa y pintada, seguramente extranjera, tomaba su aperitivo en la mesa de al lado. Sus piernas, cruzadas desenfadadamente, debían ser visibles, desde los veladores fronteros, hasta las ligas. Anselmo observó cómo algunos señores que transcurrieron ante ellos mirabañ, volvían sobre sus pasos para mirar otra vez y concluían ocupando una silla en un lugar estratégico. Los cinco o seis sujetos lúgubres que espiaban los estribos de los tranvías vinieron a estacionarse en el borde del arroyo, y se entregaron a la callada y turbadora contemplación de las medias de seda. El inspector Marey tornó a pasar, resoplando estupideces en el cogote



de una jamona. Alejóse. Dieron las nueve. Anselmo apuró su cerveza y se puso en pie. Allí quedaron los diez y ocho o veinte hombres hipnotizados por las piernas de la desconocida... Varona pensó, con una sensación de repugnancia en el espíritu:

—Este es un país de... hambrientos. Les tortura su propio ayuno y la prohibición les descarría. En ningún otro pueblo se ve tan abundantemente esta angustia de ansia insatisfecha, esta lascivia triste, esta obsesión sexual represada, deformada y monstruosa. Las preocupaciones religiosas han hecho aquí antipático, feroz, convulsionado, el gesto y el ademán del amor; han hecho de lo que hay más bello y grato en el mundo algo nefando, atormentador y prohibido. ¡Qué triste debe de ser la vida de esta gente!

Así pensaba aquel réprobo de la santa y enorgullecedora castidad española. Mis deberes de narrador me fuerzan a consignar sus palabras, pero quiero poner junto a ellas mi protesta ardorosa. He pensado durante algún tiempo en avalorarla con firmas que podrían ser recogidas en pliegos distribuídos en comercios, casinos y centros culturales; pero desistí, al comprender que se-

ría dar mucha importancia a la opinión de un hombre como Varona, tan corrompido, que tuvo, según él mismo me ha confesado, tres queridas en Francia, cuatro en Alemania y un *flirt* sonrojante los quince días que vivió en Inglaterra.

***

Emilia y Anselmo encontráronse algunas tardes después, y ella le reprochó su conducta. Cuando el joven quiso justificarse le atajó:

—Es imposible que sigamos hablando en este lugar. Viven por aquí personas que me conocen, y... me basta con el disgusto que sufrí el otro día.

—¿Adónde quiere usted que vayamos?

—A ningún sitio.

—Sin embargo..., es preciso que hablemos.

—También yo querría... Pero tengo el temor...

—Suba usted a este coche.

—¡Por Dios, Anselmo!

—¡Cochero, para!

—¡Por Dios! ¡Si nos ven...!

Se decidió a entrar y se apretujó en un rincón, recatando el rostro.

—¿Adónde?—preguntó el cochero con el trozo de boca que dejaba libre la ancha colilla de un puro.

—A la Castellana.

—¡No, no!—gimió Emilia.

—¡Oiga! Al Retiro.

—¡Oh, nunca, nunca!—suplicó la mujer.

—¡Cochero..., espere; llévenos por las Rondas!

Y el armatoste, zarandeándose en cada bache, crujiendo y haciendo temer que se rompiesen los cristales de las ventanillas, remontó la calle de Alcalá.

Al cabo de veinte minutos de elocuencia, Varona logró hacerse perdonar la comprometedora conducta observada en la última entrevista; media hora después la viuda declaraba que no le era antipático; estrechada a preguntas, concedió que había pensado algo en él; nuevas y apasionadas inquisiciones la llevaron a reconocer, con un hondo suspiro de pesadumbre, que temía, en efecto, quererle un poco; oído lo cual, Anselmo, corrompido por las abominables costumbres

extranjeras, se decidió a rodearle el talle con su brazo derecho. La viuda iba a rechazarle, pero era tan interesante la afirmación que su enamorado hacía en aquel momento, que la honorable mujer aplazó sus protestas.

—¡Jamás—decía Varona—he visto una belleza como la suya!

—¡Oh..., usted que ha viajado tanto...!

—Por todo el mundo—mintió Anselmo.

—Pues no diga... Las italianas...

—Nada. Las italianas junto a usted, unas birrias.

—¡Jesús! Y las francesas... —agregó Emilia, extrañamente ansiosa de ensalzar a todas las mujeres extrapeninsulares.

—Hermosuras falsificadas, productos químicos; no como esto.

Y apretó más el talle.

En aquel momento el auriga dió un golpe con el látigo en la ventana.

—¡Siga!—vociferó Anselmo sin mirarle.

Y siguió él también sus ponderaciones.

—En fin—dogmatizó Emilia cuando oyó proclamar su superioridad sobre las bellezas alemanas, rusas, escandinavas, japonesas, etcétera—; en fin, ustedes los hombres son muy embusteros.

Varona pareció afligidísimo al oír esta inculpación y aproximóse notablemente a Emilia, como si quisiese incrustarle el convencimiento de que él no mentía jamás. Ella insistió en sus dudas, y él le rogó que le mirase a los ojos—ya que son el espejo del alma—y seguramente para facilitar esta labor, le cogió delicadamente la barbilla. El cochero volvió a golpear el cristal con el látigo, y Anselmo rugió:

—¡Arree!

Entonces Emilia declaró que lo que le parecía ver en aquellos ojos era que pertenecían a un redomado pícaro. Este fué un rudo golpe para Varona. Quiso llevarse la mano al pecho para acompañar con este clásico ademán sus expresiones de protesta. Pero tan turbado estaba, que, según parece, donde realmente puso su mano fué en el pecho de la viuda. Es imposible saber cómo acogería esta excelente dama la disculpable equivocación, porque en el mismo instante se detuvo el coche y se abrió violentamente una portezuela.

—¡Oiga usted!

El cochero, en pie junto al estribo, les miraba con indignación profunda.

—¡Oiga usted! ¿Qué se han creído que es mi coche?

El estupor impidió a Varona dar respuesta alguna. La cólera del cochero creció:

—¡A mí nadie me pone el gorro!—clamó estentóreamente—. ¡A mí no me falta usted, por muy señorito que sea! ¿Se entera usted? ¡Manitas quietas y a portarse con decencia, que el hijo de mi madre no aguanta escenas en el "simón"! ¡*Amos* hombre!

Emilia había comenzado, según su costumbre, a invocar, con voz afligida, a la divinidad.

—¿Qué quiere decir esto?—gruñó, frunciendo el ceño, Anselmo Varona—. ¿Cómo se atreve...?

—¿Cómo me atrevo? Dice que cómo me atrevo—gritó el otro, ladeando la cabeza como si se lo contase al caballo—. ¿No ha oído usted que a mí nadie me pone el gorro?

—¡Canalla!—barbotó Varona.

La ira ponía blanco su rostro y estrangulaba su voz.

—¡Ah, muy bien!—replicó el cochero retrocediendo y empuñando con fuerza el látigo—. ¿Me insulta usted, encima? ¡Venga,

salga! ¡Salga, le digo! ¡Que venga también esa tía, que les muelo a los dos a palos!

Escupía furiosamente en sus manos, y parecía tan contento como si le hubiese llegado la hora de ir a encerrar el coche.

—¡Salgan!

Pero Emilia asió fuertemente a Varona, que ya tenía un pie en el estribo.

—¡No, no, por la Virgen! ¡Más puñetazos..., más escándalos..., no! ¡Me desmayo, me muero! ¡Calma! ¡Márchese! ¡Lléveme! ¡Por favor, por favor!

Sea que el esfuerzo hecho para comprender este breve discurso hubiese restado energía al joven, sea que se diese cuenta de que comenzaban a acudir algunos de los pocos transeuntes que cruzaban la Ronda, Anselmo volvió a recuperar su asiento, cerró la portezuela y dijo al tenaz adversario, que seguía lanzando contra la palma de sus manos salivazos capaces de producir abolladuras:

—Llévenos hacia el centro. Ya arreglaremos esta cuenta.

Blasfemando, entregado a un iracundo soliloquio en el que la palabra "gorro" se re-

petía temáticamente, el cochero trepó al pescante, hizo girar el vehículo, descargó sobre el caballo unos golpes evidentemente brindados a Varona, y tornó a las calles concurridas. Mientras duró la caminata, Emilia no cesó de llorar. Anselmo, con los brazos cruzados, contraídos los músculos del rostro, rumiaba su furia.

—No llore usted—dijo una vez, ásperamente.

Y después corrigió su tono para rogar:

—No se aflija. Siento más aún que usted todo esto...Comprenderá que no esperaba...

—Mande usted parar—pidió ella, componiendo sus facciones.

—Dígame dónde la veo mañana.

—Ni mañana ni nunca.

—Pues no pararemos.

—¿Será usted capaz...?

—No, no soy capaz. Puede marcharse. Espero que, cuando medite, reconocerá que no tengo la culpa de que esta gente sea tan incivil.

Se asomó a la ventanilla y gritó:

—¡Pare usted!

Ayudó a descender a Emilia, que se alejó

presurosa y asustada, y él se quedó erguido cerca de las ruedas del coche.

—Ahora, nosotros—dijo—. ¿Tiene usted algo que decirme?

El cochero le miró despectivamente, y, con ademán calmoso, extrajo del chaleco un enorme reloj de plata.

—Hora y cuarto—dedujo.

Anselmo elevó hasta el auriga sus ojos, asimismo cargados de desdén, y se dispuso a contar el dinero.

—Naturalmente—agregó el hombre, viendo por el rabillo de sus párpados que el cliente no sacaba más que un duro—; naturalmente que si me diese la gana de llevar al señor a la Comisaría...

—¿Qué?

—Le saldría mucho más caro el paseo.

Varona extrajo otro duro. Después de lo que había oído en la fonda, la amenaza de la Policía le intimidó. Aun dijo, con vacilante gallardía:

—Vamos, si usted quiere.

—Pasado el pronto, no vale la pena—murmuró el cochero, guardando las diez pesetas—. Pero no sería usted el primer tío a

quien yo denunciase por amasar a una señora en mi coche. ¡Pues sí que soy yo bueno!... ¡Amos, hombre!

Y arreó calle abajo, rebosando dignidad y decencia.

—Esto es desesperante—se decía Varona rumiando su impotente cólera—. Por lo visto, toda esta gente considera el amor como un delito o como una vergüenza, como algo que merece ser perseguido y execrado, puesto en la picota y mostrado al rencor del universo. No entiendo nada de lo que me ocurre. Pero lo peor es que, sin pretenderlo, estoy haciendo pasar a esa desdichada mujer por situaciones desagradabilísimas.

Esta razonable preocupación triunfó sobre todas las otras, y Anselmo no se dió paz hasta encontrarse nuevamente con Emilia. La esperó cerca de su casa varios días, sobornó a la portera, le escribió epístolas apremiantes, y al fin consiguió que le fuese otorgada una nueva entrevista, en la que él pudo — sabe Dios por qué reprobables artes — hacerse dueño de la vacilante voluntad de la viuda.

—¡Soy muy desgraciada!—proclamó ésta en un tono sinceramente patético.

—¿Por qué?

—Porque..., no puedo ocultarlo..., estoy enamorada de usted.

—Pero eso no es una desgracia...

—Sí; yo no debía..., no debía...

—Acaso por el difunto — insinuó delicadamente Varona.

—Sin duda, por él. Y también por mis padres. Y por mis amistades, por el medio en que vivo..., por la sociedad toda.

Anselmo consideró espantado la cantidad de gente con cuya venia era preciso contar para que la viuda le quisiese, y sintió desfallecer sus fuerzas.

—En definitiva— se aventuró a decir—, pueden no saberlo...

—Pueden no saberlo, aunque no sé cómo nos arreglaríamos — interrumpió Emilia—. Pero hay alguien que todo lo ve por mucho que uno se esconda. ¿Conseguiríamos ocultarnos de Dios? No querría mancharme con un pecado, Anselmo, y temo que usted pretenda arrastrarme a él.

—¿Un pecado, quereruos?

—Un pecado mortal.

Varona quiso tener un rasgo heroico.

—Afronto toda la responsabilidad ante el Padre Eterno—ofreció solemnemente.

—No creo que baste—suspiró Emilia.

Anselmo afirmó con seguridad:

—Basta.

—Y, en fin, ¿qué pretende usted?

—Que nos veamos tranquilamente a solas, donde nadie nos sobresalte, donde podamos hablar de nuestro cariño.

—Pero yo soy una mujer honrada—proclamó Emilia—; tengo mucho miedo a los embarazos.

Varona se encogió de hombros ante este conmovedor escrúpulo. Verdaderamente, era un monstruo versado en ciertos secretos de la farmacopea clandestina. Su abominable experiencia adquirida en esos países donde las personas se aman casi con la misma indignante naturalidad de los pájaros y demás animales sin sentido común y desde luego sin noción del pudor, le sugería frases irresistibles, argumentos demoníacos, todo lo que forma la técnica del conquistador. La virtud de la pobre viuda se tambaleaba. Cierto es que se defendió aquella tarde con aparente tesón, cohibida por el doble y santo

miedo a lo que de ella pudiese decirse en este mundo y en el otro, pero cuando los jóvenes se separaron, el veneno de la seducción corroía los pensamientos de Emilia. ¿Por qué ocultarlo? Avanzando tristemente desde la profundidad del porvenir, se acercaba un día de luto para la pureza enorgullecedora de nuestras costumbres.

Aquella noche, mientras la infeliz mujer se debatía en las angustias de una conciencia vacilante, Anselmo tuvo una singular pesadilla.

El joven no apagó la luz hasta las dos de la madrugada, con gran desesperación de una chinche que esperaba oculta en un travesaño, una de esas chinches voraces que los fondistas españoles se niegan a extirpar, quizá porque las creen mascotas; chinches hasta tal punto difundidas y respetadas, que bien puede decirse de ellas que también forman parte de nuestras costumbres. Pues bien, hasta las dos y media, este experimentado insecto no juzgó prudente acercarse a Varona. A las dos y media Varona produjo el primer ronquido, sufrió el primer picotazo y soñó.

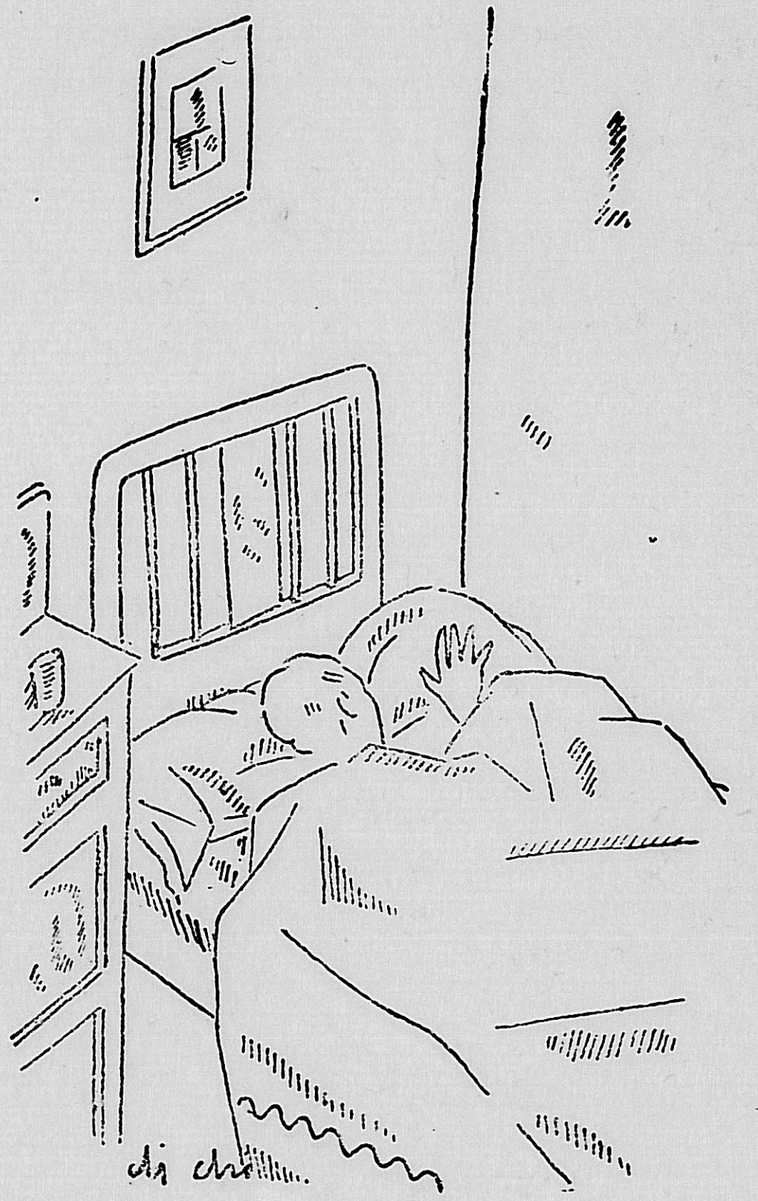
En sueños vió el Cielo, y en el Cielo a Dios, Nuestro Señor, que despachaba con sus cuatro secretarios. Y estos cuatro secretarios eran los cuatro evangelistas, San Mateo, San Marcos, San Lucas y San Juan.

Los venerables personajes rompían sobres, revisaban notas, comunicaban al Señor una extractada noticia de aquellos asuntos, que parecían referirse unanimemente a problemas y procederes de los hombres, y recogían con signos apresurados de unas largas plumas de ave los divinos decretos.

—El general Fulánez — dijo San Juan ojeando un oficio—prepara una expedición contra los enemigos de la Fe. Lleva suficiente artillería para no dejar uno vivo en cincuenta leguas cuadradas. Pide la bendición.

—Concedida — murmuró el Señor, con aire aburrido.

—El banquero Mengánez — explicó San Lucas—, que quebró tres veces fraudulentamente, se decidirá a construír una iglesia si le son perdonadas sus culpas. Dice que si se persigue el robo con excesivo rigor quedarán aniquilados el comercio y la industria.



—Perdonado—otorgó el Señor distraidamente.

—Aquí está—intervino San Marcos, dando un ligero golpe sobre un mamotreto abultadísimo—, la lista de los regalos hechos a Vuestra Divina Majestad en el día de ayer por los hombres, y que han quedado en depósito en los templos que se citan.

Se caló las gafas y comenzó a leer:

—Ciento diez relojes de pulsera, cuarenta mantos bordados, seis de ellos de mucho abrigo; ochenta y tres alfileres de corbata, setenta anillos, el par de muletas de don José Gómez, de Medellín, que curó de sus males y puede andar sin su apoyo...

—Basta—ordenó el Señor—. No sé qué quieren que haga yo con esas muletas. ¡Le ponen a uno en cada aprieto! El otro día, ¿no me regalaron una bicicleta, Lucas?

—Sí, Señor; don Jacobo Menéndez, por haber salido ileso de un choque con un tranvía.

—El caso es que no se puede desairar a nadie... ¿Qué más hay, Mateo?

San Mateo abrió su carpeta.

—Una denuncia muy importante, Divino Señor.

—Veamos.

—El indigno vasallo don Anselmo Varona, vecino de Madrid, se dedica insistentemente a "ponerle los puntos" a la señora viuda de Graso.

—¿Qué es eso de poner los puntos?

—Será preciso decir—murmuró San Mateo ruborizándose—que le ha dado algunos achuchones.

El rostro magnífico del Señor se obscureció:

—¿Eso es posible?

—Maestro: el ángel de la guarda de la señora viuda de Graso ha venido en persona a contar lo que ocurre para dejar a salvo su responsabilidad y pedir instrucciones. Afirma que, al paso que van las cosas, no responde de nada.

Dios Nuestro Señor habló tristemente:

—¿Por qué me afligen? ¿Ignoran que ése es el pecado que más me alarma y ofende? ¿Es que no saben el castigo que les aguarda por amarse con esa falta de consideración?

Los cuatro evangelistas movieron melancólicamente la cabeza.

—¡Hay que evitarlo! Que se doble la guarda de ángeles de la tal señora. Y si, aun así, pecan esos jóvenes, que no se atrevan a aparecer por aquí, ni aun por el Purgatorio. ¡Conocerán mi cólera!

A Anselmo le pareció entonces que los ojos divinos, manantiales de cegadora luz, se fijaban en él mismo, en su alma impura y en su corazón cenagoso. Y el cielo de su pesadilla se ensombreció, como si nubes negras lo surcasen. Una chispa lívida saltó en el seno de estas nubes y un trueno largo y terrífico tableteó duraderamente sobre el mundo.

—¡La ira de Jehová!—pensó Varona—. ¡He suscitado la ira de Jehová!

Y se agitó acongojado en el lecho.

La chinche se alarmó y echó a correr en las tinieblas, con la panza hinchada y un miedo tan grande que no es probable que su digestión fuese apacible.

La verdad es que la vida de estos animalitos transcurre en un continuo sobresalto.

CAPITULO V

DE CÓMO ENTRÓ Y SALIÓ UNA TAPADA EN UN HOTEL DE LA CORTE

Después de una conferencia con el teniente Gálvez, Anselmo quedó convencido de que no existía en Madrid lugar alguno donde sus entrevistas con Emilia tuviesen digno escenario. En las afueras de la Corte no había más que merenderos inmundos, donde criadas y horteras, modistas y chulillos mezclaban sus sudores, bailando al son de pianos de manubrio. En los restaurantes, las puertas de los comedores reservados habían sido airadamente arrancadas por la mano de la autoridad, después de que esta autoridad hubo considerado meditativamente algunas manchas sospechosas entre los millares de manchas que cubrían los divanes de esos reservados. Gálvez dió hasta una do-

cena de nombres de viejas celestinas que concedían hospitalidad a los amantes; pero a Anselmo le repugnaba este arbitrio. Al fin se le ocurrió alquilar una habitación en un hotel, en un verdadero hotel, donde no era posible tropezar con las menudas cominerías y con las estrechas preocupaciones de la casa de huéspedes de doña Montserrat. Cuando tuvo esta idea se admiró Varona de no haber dado antes con ella, ya que en sus aventuras por el extranjero el refugio normal era cualquier hotel donde, naturalmente, nadie se ocupaba de lo que otro pudiese hacer en su cuarto.

No era preciso abandonar la pensión, ni esto convenía a sus intereses. Bastaría—como tantas veces había hecho — contratar la estancia en el hotel el día en que se viese con su novia. Tras grandes esfuerzos, tras un derroche de elocuencia, después de estar tentado en varios momentos a renunciar a todo, pudo convencer a Emilia. Convinieron en que ella le iría a ver una tarde ("¡Para hablar nada más!"). Por la mañana Varona alquiló un cuarto; se refugió en él después del almuerzo y esperó.

Concluyó por aburrirse y se asomó a la ventana, acuciado por el temor de que Emilia se hubiese arrepentido. Un sordo disgusto iba entenebreciéndole. Más de media hora había transcurrido ya cuando vió aparecer en el extremo de la calle una enlutada en cuyos pasos creyó reconocer los de la novia. Pero... ¿era Emilia, en verdad? No era Emilia. La mujer en cuestión, a pesar del calor de aquel día de mayo, llevaba un amplio gabán, cuyo cuello sostenía cerrado hasta la nariz, y un sombrero hundido hasta los ojos, y un velo tupidísimo. Caminaba rozando la pared y con la cabeza baja. No era Emilia. Los transeuntes se detenían a mirar a la estrafalaria señora. Muchos volvían el rostro; otros se quedaban inmovilizados por la curiosidad; algunos horteras salieron a la puerta de sus comercios, entre estupefactos y sonrientes... ¡Qué facha de mujer!...

¡Pero si era Emilia! Cuando se acercó, Varona la reconoció perfectamente. ¡Era Emilia! A la desdichada no se le había ocurrido nada mejor para pasar inadvertida entre la gente. Sin embargo, su actitud, sus

visibles temores, su velo, su gabán, todo en ella iba gritando:

—¡He aquí una señora que se dirige a una cita!

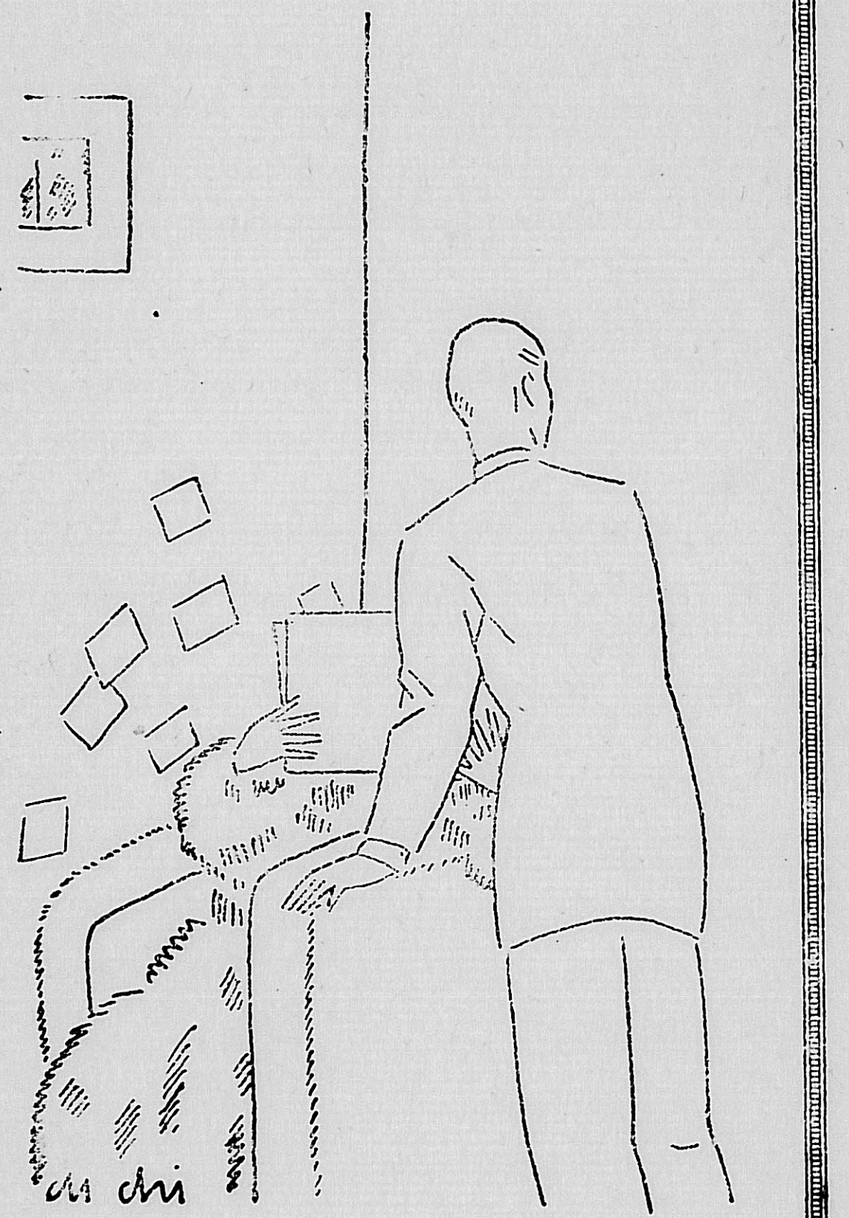
Varona se retiró del balcón tan avergonzado como si fuese también del dominio público que era él quien aguardaba a la extravagante. Dió unos paseos por el cuarto y logró tranquilizarse cuando se le ocurrió esta idea:

—Es tan evidente que viene a una cita, se ha caracterizado tan teatralmente para que todo el mundo lo conozca, que no es posible que nadie lo crea. El más imbécil pensará que, si realmente fuese a pasar unas horas con su amante, se cuidaría de conducirse con mayor naturalidad.

Sosegó, bebió un vaso de agua y se instaló ante la puerta, pronto a abrir.

Diez minutos después, sin que se oyese pisada alguna, llamaron cautelosamente. Y Emilia, velada, embozada, turbada y sudorosa, apareció en el umbral.

Fué derecha a una butaca, se desmoronó en ella y comenzó a darse aire con la carpeta que sus manos temblonas cogieron de



una mesita próxima. Diez o quince sobres y pliegos de papel, con el membrete del establecimiento, salieron volando.

—¡Angel mío! — susurró Anselmo, apañando los sobres aquí y allá en la alfombra. —¡Angel mío! ¡Nunca podré pagarte esta felicidad!

Ella jadeaba. Las latidos de su pecho se advertían en el grueso gabán.

—¿Me habrá visto alguien?—gimió.

—Nadie, maravilla—afirmó Varona, contemplándola con asombro—. Pero, ¿cómo se te ha ocurrido venir así?

—Para que no me conociesen.

—Es lo mejor, en efecto. Si te hubieses disfrazado de niño llorón no creo que pasases más inadvertida. En fin, ya estás aquí, y eso es lo importante. ¿Quieres quitarte el sombrero?

—Sí; pero no olvides... He venido para charlar...

—Charlaremos, encanto. Permite...

Sacó él mismo los alfileres.

—Anselmo.

—¿Qué?

—Una criada se ha quedado mirando para mí en el pasillo.

—¡Ah!

—¿Qué habrá pensado?

—Nunca puedo adivinar en qué piensan las criadas, palomita mía.

—No me beses aún. Espera que me tranquilice. También encontré en la escalera a un mozo con mandil encarnado que bajaba llevando un servicio de te. ¡Estate quieto, Anselmo! ¿No me haces caso?

—¿Qué quieres que te diga, monada? Un mozo con una bandeja no es una aparición singular.

—Pero me ha visto.

—Comprende, querida... Yo no pude encerrar a toda la servidumbre del hotel...

En este momento sonaron dos discretos golpes en la puerta del cuarto. Emilia dió un respingo. Varona fué abrir con todo el malhumor imaginable. Un camarero habló desde el pasillo:

—El gerente ruega al señor que tenga la bondad de bajar un instante.

—¿Qué me quiere?

—No sé decir al señor.

—Pues... ya iré...; ahora no puedo.

—Me ha encargado que le advirtiese que se trata de un asunto de urgencia.

—Repito que ya iré. Estoy ocupado.

Cerró la puerta violentamente.

—¿Qué es? — indagó Emilia temblando.

—¡Sabe Dios! Acaso la factura. Como no he traído equipaje.

Pero no tardó un minuto en repetirse la llamada. Esta vez era el mismo gerente, un hombrecillo gordo, vestido de chaquet, que se frotaba incesantemente las manos.

—Disculpe—rogó con una sonrisa falsificada—. Tan sólo deseaba advertirle que están prohibidas las visitas en las habitaciones.

—¿Y qué?

—Como usted ignora, sin duda, el reglamento...

—No sé nada, sino que éste es mi cuarto —gritó el joven.

Un mozo de mandil encarnado, con un plumero también encarnado, apareció en el pasillo.

—Seguramente, es su cuarto...; pero el reglamento, querido señor...



—No me importa nada el reglamento. Usted cobra, yo pago y el cuarto es mío, mientras no escandalice.

Una criadita, con un mandil blanco y un trapo blanco en la mano, surgió, muerta de curiosidad, por el otro extremo del corredor. La sonrisa del gerente se obscureció.

—Sin necesidad de que demos gritos, yo espero que hará pasar su visita al salón.

—Es un asunto reservado.

Comparecieron dos criados más.

—Esa clase de asuntos, señor mío, no se ventilan en esta casa.

El grupo de servidores se había aproximado.

—¿Y si me niego a salir? — rugió Varona.

—Entonces sentiría mucho llamar a los mozos de equipajes. Para cualquiera de ellos, un baúl de ochenta kilos es una pluma.

Se oyó un gemido y Emilia apareció. Traía el sombrero puesto al revés y el velo casi a manera de mordaza. El cuello de su gabán volviera a alzarse.

—¡Vámonos! ¡Vámonos! — rogó, desfallecida.

Y se lanzó al pasillo.

Varona mostró sus puños al hombre del chaquet.

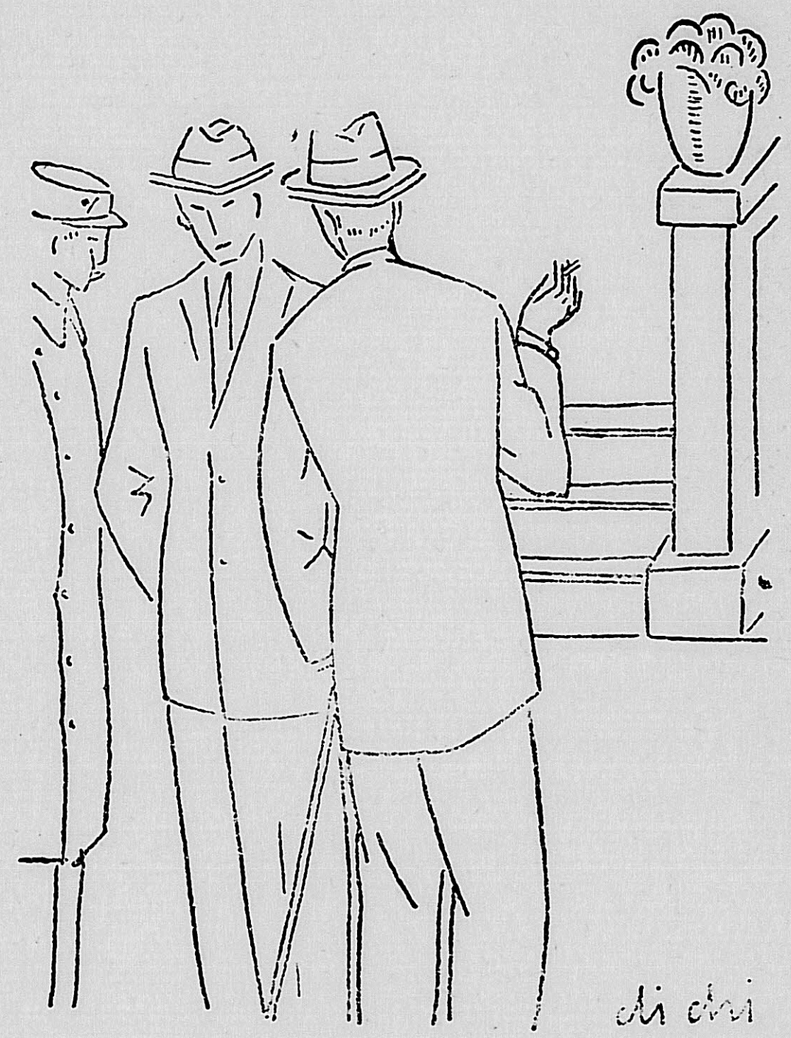
—¡Imbécil!—clamó.

Y siguió a Emilia. Los criados corrían a mirarles. Algunas puertas se abrieron para que atisbase la curiosidad de los huéspedes; en el portal, varios individuos qué, sin duda, se alojaban en el hotel, formaban grupo en torno al portero galoneado. Cuando los jóvenes aparecieron, los que saboreaban las escandalizadas referencias del suceso formaron calle y avanzaron sus ojos llenos de malicia, sus bocas sonrientes y sus narices picudas. Anselmo repartió a derecha e izquierda furiosas miradas y salió a la calle roído por el rencor y el despecho.

—¡La culpa es tuya — dijo a Emilia, cuando se hubieron alejado—por haber venido en esa traza de conspiradora de opereta!

—Sí — murmuró la mujer—; la culpa es mía por haberte hecho caso. ¡Bien castigada estoy!

***



Cerca de la fonda, Anselmo encontró al lúgubre señor Fandiño. El joven sentía necesidad de distraerse de sus preocupaciones e invitó a su compañero a libertarse por aquella noche de la cocina de doña Montserrat, cenando en restaurante. El grave intendente mercantil accedió en seguida. Comieron bien, bebieron muy bien, y en el momento confidencial de la sobremesa, Varona narró sus nuevas tribulaciones a su amigo.

—Creo—dijo—que no me será posible conseguir nada de esa mujer. Me persigue un hado extrañamente maléfico. No puedo admitir que lo que me ocurre a mí sea lo habitual en España; sin duda marcho de torpeza en torpeza, y ya no sé qué nuevo paso dar; y aunque lo supiese, me detendría el temor a un nuevo fracaso. ¿Conoce usted alguien más desventurado que yo, amigo Fandiño?

El amigo Fandiño expelió pulcramente una pequeña cantidad de gases contra la palma de su mano, se atusó después los aladares y habló:

—Su caso de usted es la vulgaridad misma, querido Varona, y sólo el desconoci-

miento de nuestros hábitos le puede hacer insistir en tales tentativas. En España no hay eso que usted busca. Entre el hombre y la mujer se levanta un muro fuerte y alto. Aquí nadie goza del amor, camarada.

—¡Qué tontería!

—Oigame usted. Nadie goza del amor más que los casados o los que lo adquieren a tanto el suspiro. En ambos casos hay que contar con el permiso de la autoridad. La autoridad da a las mujeres su *placet* para casarse y su *placet* para pendonear. A unas y a otras las inscribe en un registro. Ambos pueden refugiarse bajo este título genérico: "Señoras que tienen licencia para fornicar." Y aun esto, naturalmente, dentro de ciertas sabias restricciones. En cuanto una mujer que no está incluída en estas listas se permite hacer una pirueta, caen sobre ella los demonios, la ley, el desprecio, el sarcasmo y hasta los tiros de revólver. No importa que la haya impelido el amor más profundo, las circunstancias más excepcionales. Su condena es segura. Entre nosotros es desconocido ese tipo de mujer tan frecuente en otros países, que es amiga y amante a un tiempo, y a

la que nadie niega el saludo ni le amarga la vida por saber que en su amor hay algo más que lirismo. Aquí, o se casa usted para siempre, sin que el divorcio pueda venir en auxilio de una posible equivocación, o se arriesga usted a figurar entre el crecidísimo número de los compradores de ciertos productos arsenicales. No existe el término medio. Si usted intenta hallarlo, a pesar de todo, su vida será una sucesión de amarguras.

—Pero ¿qué hacen ustedes?

Fandiño hundió la pálida cabeza entre los hombros.

—Qué hemos de hacer? Cada cual se las arregla como puede. Vea usted al teniente Gálvez. El teniente Gálvez rueda por los "cabarets"; es joven, necesita algo más que el amor físico; de cuando en cuando se enamora de una de esas perdidas y se engaña a sí mismo hasta que descubre irremediablemente la pobreza espiritual y la podredumbre física de la muchacha. Entonces rompe un nuevo retrato, adquiere un nuevo específico y... hasta otra vez.

—Es triste.

—Es, quizá, lo más triste. Marey es otro

ejemplar representativo: compra novelas pornográficas y álbums indecorosos; corre detrás de todas las mujeres, les vierte en los oídos procacidades que él llama "piropos", y que son la infecta espuma de su añoso deseo insatisfecho, y... vive así. Es un imaginativo. Este régimen crea infinidad de imaginativos, hombres esclavos de esa obsesión, que no saben hablar más que de ella y que han llegado a tan morbosa polarización de sus facultades y de sus sentidos, que no sirven ya para ninguna labor socialmente útil.

—¿Y usted?

—Y yo... que soy otro caso, amigo mío. ¡Ah, pero... permítame usted un pequeño orgullo!... Mi caso es superior a esos;... es... más refinado... Bueno: hago la confidencia al caballero, ¿eh? Yo, querido Varona...

Se sonreía pálidamente y le brillaban los ojos.

—Yo, querido Varona, soy el dueño de las mujeres más guapas de Madrid.

—¡Caramba!

—Como lo oye. ¿Y sabe lo que viene a costarme mi harén un día con otro?

—No adivino.

—Seis reales, querido; seis reales.

Varona saltó en un asiento.

—Explíquese.

—Pero entre nosotros... Ni una palabra a los compañeros... Comprenda usted que hay cosas...

—Fandiño, no me ofenda.

—Bien. Pues verá. Yo soy profundamente tímido para con las mujeres. He sido educado a la española, lo que quiere decir que apenas he tenido trato social más que con hombres. ¿Cómo se habla con una señorita o una señora? ¿Qué se les dice? No lo sé. Aunque lo supiese, de nada me serviría, porque el constante distanciamiento a que las costumbres me han obligado hicieron incorregible mi timidez. No soy capaz de piropear a una dama, como Marey, y la conducta de Gálvez me asquea. En este trance, me he acogido a un recurso que, ciertamente, no soy yo el único en utilizar. Yo, amigo mío, hago mis conquistas en los "cines" y en las plataformas de los tranvías.

—¿Qué quiere decir?

—Quiere decir que soy algo así como un

"descuidero" amoroso. Me amparo de la oscuridad y de las apreturas. Mis deslices—bien inocentes—son como hurtos, y más de una vez he salido corriendo, como el "golfo" que robó un bolsillo. Sin embargo, esto no es frecuente; mi aspecto fúnebre, de difunto que ha salido a dar una vuelta, me sirve de mucho, y puedo operar con cierta confianza.

—¿Qué consigue usted?

Fandiño elevó sus cejas, en un gesto de melancolía:

—En realidad..., nada o muy poca cosa: enterarme, al través de las telas, de la ampulosidad de una cadera o de la redondez de un muslo. Mis deliquios no pasan de ahí.

—Pero eso es aún más triste.

Fandiño suspiró.

—Bien mirado, es tristísimo. Alguna vez obtiene uno éxitos congratulatorios, como cuando pude acariciar durante diez minutos (todo el trayecto de Goya a Puerta del Sol) el gabán de pieles que llevaba puesto la señora de Murria, la mujer más guapa de Madrid. ¡Cuántos me envidiarían esta fortuna!—pensé al apearme—. Pero, en el fondo,

no estoy satisfecho; no, señor. Creo que este régimen me ataca al hígado, y me voy poniendo cada vez más verdoso. Además la competencia es enorme.

—¿La competencia?

—Todo el mundo lo sabe. Los periódicos han llegado a hacer campañas contra nosotros. Cuando va una mujer guapa en la plataforma de un tranvía, nos encontramos allí, estorbándonos recíprocamente, diez o doce camaradas. Es una formidable ganancia para la Compañía. Comprenda usted que, si no fuese por eso, muy poca gente se avendría a viajar en esos coches que apenas se mueven.

—¡Qué pena ser así, Fandiño!

—Una gran pena, ¿verdad? Pero... ¿qué quiere usted que haga? ¿Casarme? No tengo bastante dinero para mantener una familia. ¿Frecuentar el trato de mujerzuelas? Me repugnan. ¿Tener una querida? Eso me valdría perder mi reputación de hombre serio, y acaso me expulsasen del Banco donde soy auxiliar de Caja. ¿Qué he de hacer? ¿Qué puedo hacer? Seguiré gastando mis seis reales diarios en tranvías.

Varona dió un puñetazo en la mesa.

—¡Pues es un asco, amigo Fandiño! ¡Y yo le digo a usted que antes me hacía fraile, ¿sabe usted?, fraile!

—Es una idea—dijo sin inmutarse el intendente—. Quizás así se pasase mucho mejor.

CAPITULO VI

DONDE EL LECTOR, DESPUÉS DE ENTERARSE CON TRISTEZA DE QUE LA VIUDITA NO ES DIGNA DE SU APRECIO, SE ALEGRARÁ AL SABER QUE PIERDE DE VISTA PARA SIEMPRE AL SATÁNICO ANSELMO

"Ven a mi casa a las cinco—decía la carta de Emilia que Anselmo recibió aquella mañana—. Mi familia marchó a Toledo y no volverá hasta la noche. Sé prudente. Cuidado con los porteros y con los vecinos. Si encuentras a alguien en la escalera, finge ir a otro piso. Convendría que te afeitases el bigote para que no pudieran reconocerte."

—¡Al fin!—exclamó jubilosamente el depravado Varona.

Ni aun tuvo la delicadeza de afeitarse el bigote. A la hora que la carta indicaba se

lanzó a la escalera, después de espiar el momento en que parecía abandonada la portería.

Pero apenas puso el pie en el primer peldaño, una mujer surgió del cuchitril e inquirió con voz aguda:

—¡Eh! ¿A qué piso?

—*Norddeutscher Lloyd*—contestó el joven (1).

Y siguió subiendo.

—¿Qué dice usted?

—*Bremen Amerikanischen.*

—Bien, bien. Tercero, derecha— contestó la portera, que sabe Dios lo que entendería.

Iba a oprimir Anselmo el botón de la puerta, cuando ésta se abrió cautelosamente, y Emilia, que le aguardaba, le hizo pasar en silencio, con un dedo sobre los dulces labios. Tras de cerrar, con igual sigilo, indicóle que continuase en puntillas detrás de ella. Pero las botas del joven rechinaban un poco.

—¡Descálzate!—susurró ella en su oído, con voz tan débil que el novio no la oyó.

---

(1) Seguramente no fueron éstas las palabras alemanas que pronunció Varona. El me dijo las auténticas, pero no he conseguido retenerlas. En substitución y suponiendo que al lector le dará lo mismo, he escrito las únicas que conozco.

—¿Qué?

—¡Que te descalces!

—¿Hay gente en la casa?

—No; pero pueden sentir abajo tus pisadas.

—Bueno.

Se quitó un zapato, luego el otro, y se le cayeron los dos. La mujer se llevó las manos a la cabeza, y él se quedó con un pie en el aire, como si así corrigiese de alguna manera el estrépito producido. Después siguieron andando hasta un gabinete penumbroso, y se sentaron en un diván.

Emilia llevaba puesto un kimono negro con grandes ramas doradas, y desde el primer instante, Anselmo intentó comprobar cuál era el resto de la indumentaria.

—Es preciso que hablemos seriamente— dijo la joven, conteniéndole—. ¿Qué pensarás de mí?

Varona afirmó con laconismo que no pensaba nada malo, y aunque parezca monstruoso, era verdad.

—Mi única disculpa es que te quiero mucho— siguió Emilia—; pero ante todo, desearía saber si piensas en casarte.



—Te juro que no—respondió Anselmo, que creyó que la viuda sospechaba que pudiese estar comprometido.

—¿No piensas en casarte?—balbució ella, escandalizada—. ¿Por qué no piensas en casarte?

—Porque tengo mucho que hacer—aclaró él sumariamente.

—¡Pero eso es horrible!—sollozó la viuda.

Varona la acalló con un beso, al que siguieron muchos más. La defensa de la amada fué perdiendo energía. Al fin claudicó. Pero claudicó por grados. Primero cerró herméticamente las persianas y las contraventanas, hasta producir una completa oscuridad; luego se negó a quitarse el corsé. Después comenzó a indagar en voz conmovida qué pensaría de todo aquello su difunto. Cuando agotó este tema, se acordó, una por una, de todas las personas de su familia, y pretendió indagar igualmente cuál sería su estado de espíritu si pudiesen verla en aquel instante o enterarse de la aventura por algún accidente. Llegó con gran facilidad a la conclusión de que todas y cada una de estas personas la matarían, y también a Varona, que

—un poco estremecido por tales horrores— procuraba tranquilizarla. Luego dedicó una larga disertación a su propia honra, despidiéndose de ella con palabras que conmoverían cualquier corazón que no fuese el del corrompido joven. Gimió muchas veces esta pregunta: "¿Qué va a ser de mí?" Y otras tantas esta otra: "¿Por qué me habré enamorado?" Según parece, no pudo dar respuesta satisfactoria a ninguna de ellas, fuese por la natural turbación de sus facultades, fuese porque Varona no se estaba quieto con las manos. Llegado este punto, surgió un silencio. Y un minuto después, la densa obscuridad acogió y guardó estas palabras misteriosas:

—¡No,... eso no... miserable!... ¡Oh, querido miserable,... qué pecado,... qué pecado!... ¡No enciendas la luz!...

Así cayó aquella mujer desventurada, y éste es para mí el capítulo más doloroso de toda la narración. ¿Cuál es mi deber en este instante? ¿Debo proponer que lancemos sobre la impura enamorada nuestros más feroces anatemas, la execración que merece por haber quebrantado los más profundos

fundamentos de nuestra moral, por haber afrentado las leyes más elevadas, las costumbres de arraigo tan firme en nuestro carácter? ¿Debo aconsejar que recemos por ella algunos padrenuestros para atenuar los estremecedores castigos que la aguardan?... No sé,... no sé... Que cada uno haga lo que quiera. Yo me limitaré a observar nuevamente que refiero este caso por ser único, precisamente por su condición extraordinaria, porque de entonces acá no sé que haya ocurrido nada análogo en Madrid ni en provincias, y antes de ese caso, para encontrar otro igual, remontando los tiempos, tendría que dar un salto de centurias hasta la princesa de Eboli, que—y lo creo porque lo dicen personas muy serias—"se puso en un plan" indecoroso con un monarca cuyo nombre no consigno porque era un hombre casado.

Desde el punto de vista de nuestra honestidad, de nuestro recato, de la inmensa y naturalísima importancia que concedemos al más ligero traspiés del Amor, del rígido y truculento concepto que, con legítimo orgullo, tenemos formado acerca de las relaciones en-

tre varón y hembra, yo no vacilo en proclamar que considero la caída de la señora viuda de Graso como una verdadera desgracia nacional, como una mancha arrojada sobre nuestra Historia.

***

Concedamos un instante al rubor para que abandone nuestras mejillas, y sigamos, que la tortura de esta narración va tocando a su fin, afortunadamente.

Cuatro días después de la abominable escena que hemos referido, Anselmo, que esperaba a Emilia en una calle extraviada, la vió llegar sin sombrero, con paso presuroso y mirando frecuentemente hacia atrás, con evidente temor de ser perseguida.

—¡Pronto!—dijo al reunírsele—. Busquemos un sitio donde hablar... Entremos en alguna parte.

—¿Qué sucede?— preguntó Varona, que ya estaba resignado a tener siempre el corazón en un puño.

—Una catástrofe,... una verdadera catástrofe... Vamos a un café,... a una iglesia...

Anselmo vió en la acera de enfrente una

lechería en cuyo escaparate había una vaca de barro esmaltado y un puñadito de cacahuetes, lo que quería decir, sin duda, que la venta de leche no marchaba muy bien. El establecimiento ofrecía un marcado aspecto de haber perdido la clientela por intoxicaciones en masa. Una mujer achaparrada vigilaba en la puerta los juegos de dos criaturas.

—Entremos ahí—propuso Varona—; no creo que nos estorbe nadie.

Y se acomodaron ante un velador de hierro descascarillado y cojo, en la atmósfera, cargada de olor a amoníaco, de la tienda. La mujer achaparrada les contempló con admiración y luego con júbilo. Penetró tras ellos, limpió las sillas, el velador, sonrió horriblemente y preguntó, transportada de gozo:

—¿Qué desean los señores?

—Dos vasos de leche.

—¿De leche? — repitió, como si quisiera convencerse bien.

—Sí.

—Al momento, señores, al momento. Voy a ordeñar ahora mismo.

Y se ocultó tras una gran cortina verde que pendía junto al mostrador.

—Habla— rogó Varona—; estoy impaciente.

Emilia retorció sus manos con desesperación.

—¡Todo se ha descubierto!

—¿Quién?... ¿Cómo?...

—Mi familia se ha enterado. ¡Estamos perdidos!

Siguió un silencio trágico. En la trastienda se oían soplos y ronquidos singulares.

Varona balbució:

—No comprendo lo que ha podido ocurrir... Nadie me ha visto.

—¡La punta del cigarrillo, Anselmo! Has dejado la punta de un cigarrillo en el gabinete.

—¡Ah!—murmuró el joven.

Meditó un instante y observó con el tono de quien se somete a la fatalidad.

—Era inevitable. Casi todos estos asuntos son descubiertos por la punta de un cigarrillo. Conozco más de doscientos casos. Los hombres lo sabemos, y sin embargo,

dejamos siempre alguna colilla en el gabinete o en la alcoba. Es fatal.

—Mi padre preguntó: —"Quién ha estado aquí?" —"Nadie" — contesté. —"Pues de quién es esto? Ninguno de nosotros fuma tabaco inglés." Me aturdí; insistió mi padre, llamó a mis hermanos. Rompí a llorar... Fué una escena tremenda. No confesé, pero ellos tienen la seguridad de que algo ha ocurrido... ¿Qué ruido es ese?

Los ronquidos se acentuaban detrás de la cortina. Varona prestó atención.

—Así Dios me salve—dijo—como es esa mujer que está procurando imitar el mugir de una vaca. Sigue. ¿Saben que soy tu novio?

Lo sospechan. Te han visto conmigo alguna vez. Por eso me escapé para prevenirte. Te buscan.

—¿Me buscan? ¿Para qué?

—Eso no puedo decírtelo ciertamente, porque cada uno tiene una idea distinta.

La mujer achaparrada golpeó con sus tacones el suelo para fingir dos coces, y gruñó:

—¡Sóoo, *Bermeja!*

Tras de lo cual apareció con dos vasos

desportillados llenos de un líquido turbio y maloliente.

—La mejor leche de Madrid — encomió, depositando el veneno en el velador.

—Cada uno tiene una idea distinta—continuó la viuda cuando quedaron solos otra vez—. Mi padre ha jurado pegarte un tiro.

—¡Hombre, qué atrocidad!—protestó Anselmo.

—Mi hermano Juan dice que una bala hace su voluntad en cuanto sale de la pistola, y que es más seguro un par de puñaladas. Figúrate. Yo me deshacía en lágrimas al oírles.

—No,... y es para deshacerse — asintió Varona, de muy mal humor.

—Mi hermano Pedro es el más sensato. Opina que con un buen bastón se hace el mismo daño y se evita la cárcel.

—De todos modos, Emilia,... es una salvajada... ¿Y tú qué crees?

—¡Qué sé yo! Les supongo capaces de todo. Y lo peor es que mañana llega mi tío Miguel, que es comandante de la Guardia civil, y en cuanto se entere... A ese hay que

temerle más que a nadie. Creo que le esperan para oír su consejo.

Se echó a llorar.

—¡Dios mío! ¡Dios mío! ¡Qué desgracia!

—En fin, Emilia,... tú sabes que...; yo no quise...—tartamudeó Anselmo—; es decir, que yo... yo no lo hice por faltar a tu familia...

La mujer le miró con asombro al través de sus lágrimas.

—Yo creo—siguió él—que debían arrojar esas ideas de su cabeza... Porque no veo yo...

Callóse, sin saber qué decir, y tamborileó con sus dedos sobre el velador, resoplando angustiadamente. Emilia expuso la conveniencia de marcharse en seguida y la prudencia de que Anselmo desistiese de acompañarla. Varona encontró ambas decisiones muy estimables, y se despidieron con un beso.

—¡Acaso sea el último!—gimoteó la joven debajo de la mantilla.

—¡Qué cosas dices!—rechazó él con un escalofrío.

Dejó pasar un cuarto de hora, pagó y salió para ocultarse en su oficina.



Aquella noche volvió muy tarde a su casa; al día siguiente se mudó a otra pensión, para rehuír la proximidad de los familiares de Emilia. Pero su existencia fué ya un incesante martirio. En todos los ancianos creía ver al padre de la viuda, y en todos los jóvenes a los hermanos. Sus sueños eran tan sobresaltados como sus vigilias. Una vez supuso llegado su último instante. Fué cuando se aproximó a saludar en la calle a una joven vecina de la casa donde ahora vivía. Como seguían la misma dirección, Varona emparejó con la doncella e iba comentando no sé qué futilidad cuando un hombre cruzó la rúa y se detuvo ante ellos.

—¡Buenas tardes!—gruñó.

Anselmo se tornó lívido.

—¡Ha llegado mi hora!—pensó—. ¡Este es el verdugo calderoniano!

—¿Quién es este señor, Anita?—indagó el hosco personaje.

—Un vecino, Tomás.

—¡Ah!—mugió Tomás—. Mucho gusto. ¿Y no sabe este vecino que no se puede acompañar a una señorita soltera cuando va sola por la calle?

—Ruego a usted que acepte mis disculpas—encareció Varona, trémulo aún—. No estoy muy versado en las costumbres de España...

—Bien— interrumpió el otro —; por eso no tomará usted a mal que se le instruya. Pero si le he molestado, no tengo inconveniente alguno en que nos demos unos cachetes...

—¡Oh!—protestó Anselmo—. ¿Molestarme? ¡Qué tontería! Uno tiene que aprender, caballero; lo reconozco. Muchas gracias.

Saludó reverentemente y se marchó.

Este nimio incidente fué la gota de agua que colmó el terror de Varona. Echó sus cuentas en la soledad de su cuartucho y llegó a conclusiones acongojantes.

—Varios hombres—se dijo — me buscan por todo Madrid para asesinarme por diversos procedimientos; los parques públicos están vedados para mí por temor al guarda. No seré capaz de volver a intentar devaneo alguno con ninguna mujer. Pero, aun así, me expongo sin querer a riesgos como el que corrí con Anita. En este país el amor es una tragedia constante, y la mujer, un nido

de disgustos. Debían llevar todas un letrero que advirtiese. "No tocar, no acercarse: hay peligro de muerte." Ahora, yo soy un hombre normal y no podré ahogar mis instintos. Si continúo aquí, ¿qué me aguarda? O un matrimonio de alucinación en el que se disfrace de amor el rabioso deseo contenido, o imitar más tarde o más temprano la repugnante conducta de Fandiño, o de Gálvez, o de Marey. Cualquiera de esas soluciones me horroriza en el mismo grado.

Decidió cerca ya del alba:

—Me iré.

Obtuvo de la casa industrial que representaba su traslado a Norteamérica, y se dió prisa en llegar a un puerto y tomar pasaje en un transatlántico.

Ya en la lancha que había de conducirle a bordo, mientras esperaban el embarque de los equipajes, Varona fué testigo de una escena trivial, de vulgaridad tan grande que ninguno de nosotros se hubiese acordado de ella dos minutos después. No comprendo cómo el disoluto joven pudo retenerla con tantos detalles en la memoria, ni por qué me la refirió. Acaso deba explicarse pensando

que fué lo último que vió en su país natal, y la secreta e inconfesada pena de abandonarlo—la patria, ¡qué diablo!, siempre es la patria — le hizo fijarse más atentamente en todo.

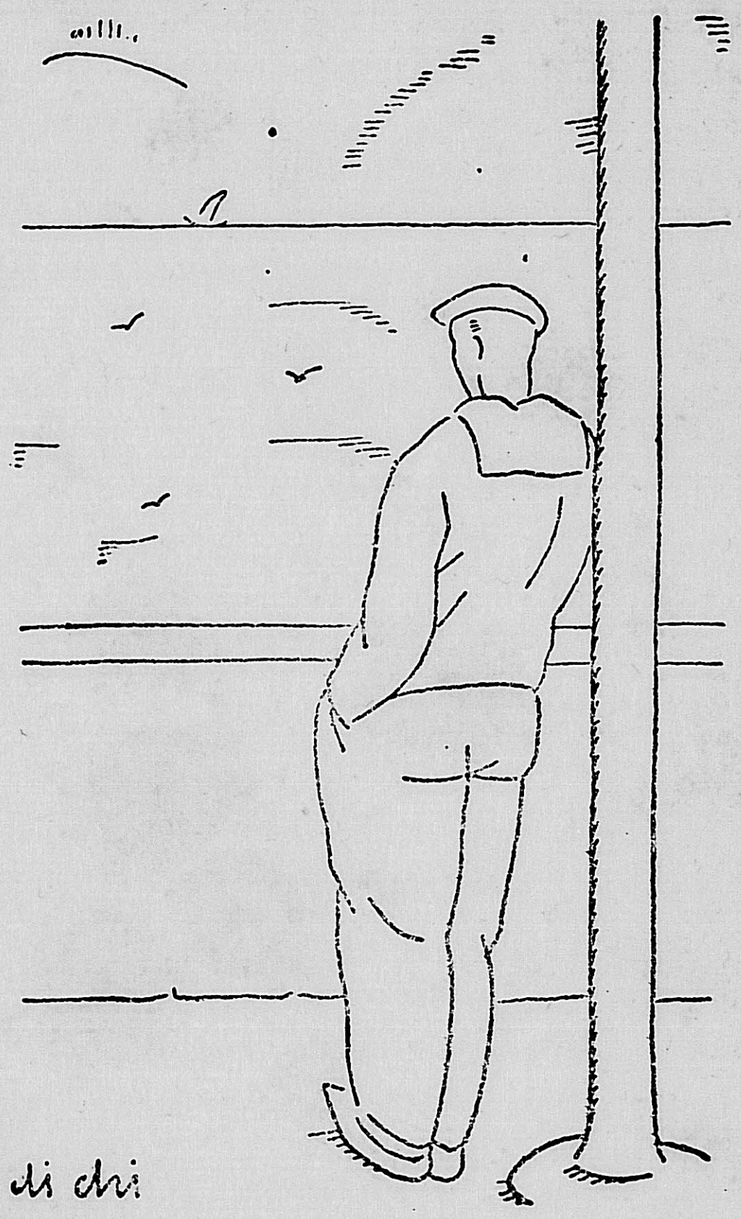
Pues vió, amigos míos, una pareja de perros en tal traza, que nadie podía negar que acababan de cometer allí, en el muelle, al socaire de las pilas de fardos, un pecado de los gordos. Cuando uno ve estas cosas, se maravilla de que pueda existir tanta desfachatez, y mucho más tratándose de animales que pretenden pasar por inteligentes y por amigos del hombre. Al cabo de estas reflexiones, siempre viene uno a parar en la tristísima consecuencia de que la Naturaleza está muy mal educada, y hasta pudiera sostenerse que carece escandalosamente de moral.

Bueno, pues Varona vió a los incorrectos canes y vió también cómo una turba de chicos, acudiendo apresuradamente de todas partes, comenzó a arrojar piedras contra los cínicos. Estos cínicos huían con torpeza, estorbándose el uno al otro al andar, y muchas

piedras resonaban sordamente en sus costillas.

Un grupo de marineros, con las cortas pipas entre los labios, miraban sonriendo aquella ejemplar lapidación. Dice Varona que los ojos de los animales tenían una tristeza humana. Uno de ellos sangraba, con la cabeza rota. Arrastrándose, llegaron al borde del malecón. Entonces avanzó un marinero joven y fuerte, bronceado por el ancho y puro aire del Océano, dió a la pareja una fuerte patada con el zueco sobre el que desbordaba un calcetín de bayeta amarilla, y la lanzó al agua salobre.

Como se ve, esto no fué más que una distracción inocente, y el que más y el que menos podría referir muchos episodios parecidos presenciados en las calles y plazas de cualquier ciudad. Pero Varona cometió la estupidez de concederle la importancia de un símbolo. Extendió el puño cerrado hacia el grupo que contemplaba, sonriendo, la agonía de los inmundos perros, y pronunció una frase solemne, como las que suelen decir engoladamente los actores un segundo antes de caer el telón en las comedias de tesis. No



la reproduzco, porque fué apoyada por una blasfemia, y Varona se obstina en que en esta blasfemia estriba la verdadera fuerza de su apóstrofe, y que, suprimida, la frase queda lacia y blanducha, como un paraguas sin varillaje.

* * *

Dos palabras al señor Varona, antes de terminar.

No es cierto, como él propala, que yo fuese visto con una *girl* en un Ford, por la Quinta Avenida. Yo soy un español serio y obediente a los principios de la ética. Además, la *girl* se negó a entrar en el Ford, porque no le parecía confortable.

Tampoco es cierto que yo haya asentido a sus conclusiones, declarando que en este país hemos convertido el amor en algo doliente y lúgubre. Si con esto quiere indisponerme con el Directorio, se estrellarán sus abominables propósitos contra mi firme reputación de buen patriota.

Por último: miente el señor Varona al afirmar que yo escribo estas cuartillas para

indemnizarme de alguna manera de los *whiskys* que pagué por él. Si las doy a la publicidad es para que se vea cómo en nuestras venerables costumbres fracasan los hombres como él, que opinan heréticamente que el amor puede ser deleite y no tan sólo medio de producir en un hogar honrado hijos para el Cielo y para la Patria; y también porque creo que esa mancha que él consiguió arrojar en nuestra límpida historia—en colaboración con la nefasta viuda—hace resaltar por contraste nuestra envanecedora pureza, como en torno de un borrón se hace más blanca la cuartilla.

W. Fernández Flórez

EN NUESTRO NÚMERO
PRÓXIMO PUBLICAREMOS

Astucias de mujer

POR

EDUARDO ZAMACOIS

o o o

ILUSTRACIONES DE
:: VAZQUEZ CALLEJA ::

LA NOVELA DE HOY

La popularísima Revista, ÚNICA en su género—cosa bien fácil de comprobar preguntando en los puestos de venta—tiene contratada la exclusiva con los ilustres escritores

Vicente Blasco Ibáñez, Pedro Mata, Joaquín Belda, «El Caballero Audaz», Eduardo Zamacois, Alberto Insúa, Antonio de Hoyos y Vinent, W. Fernández Flórez, Ramón Pérez de Ayala, Julio Camba, Rafael López de Haro, Alvaro Retana, Luis Araquistain, Juan Pérez Zúñiga, Vicente Díez de Tejada, Fernando Mora, Artemio Precioso, Alfonso Vidal y Planas y otros.

Lea usted, coleccione usted

LA NOVELA DE HOY

La mejor editada. :-: Los mejores autores y dibujantes. :-: Interesantes interviús. :-: La más popular.

TREINTA céntimos ejemplar.

MUCHAS GRACIAS

REVISTA CÓMICO-SATÍRICA

Director: ARTEMIO PRECIOSO

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: MENDIZÁBAL, 42

TELEFONO 24-53 J. MADRID APARTADO 473

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

(PAGO ANTICIPADO)

Madrid y provincias:		Extranjero:	
Año.....	14 ptas.	Año.....	22 ptas.
Semestre...	8 —	Semestre...	14 —

Portugal y América: Año, 16 ptas.; semestre, 10.

Los señores suscriptores de provincias pueden efectuar los pagos por medio de giro postal, sellos de correos o sobre monedero.

BIBLIOTECA NACIONAL MADRID

La Novela de Noche

Oficinas: Mendizábal, 42.
MADRID
APARTADO 473

PRECIOS DE SUBSCRIPCIÓN

(PAGO ANTICIPADO)

ESPAÑA

Año.....	22 ptas.
Semestre.....	12 —

EXTRANJERO

Año.....	22 ptas.
Semestre.....	19 —

PORTUGAL Y AMÉRICA

Año.....	24 ptas.
Semestre.....	14 —

Los señores subscriptores de provincias pueden efectuar los pagos por medio de Giro Postal o sellos de correos.

LA NOVELA DE NOCHE



SUCES.ª DE RIVADENEYRA (S.A.) MADRID.